

JUSTO SEVILLANO

El TORPEDO AMARILLO

Horas y Heroísmos

EDITORIAL TAURO

Horas y Heroísmos

Una sugestiva novela moderna de guerra y aventuras, original de las mejores firmas, cada quince días

PRECIO DEL EJEMPLAR:

1,25

Suscripción anual: 24 números, 25 ptas.

EDICIONES "TAURO"

PUBLICACIONES MODERNAS
ESPAÑOLAS

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MORATIN, 52, pral. - MADRID

Hazañas y Heroísmos

Año I

Madrid, 1.º de Febrero de 1942

Núm. 2

GRATITUD

Solo unas palabras para hablar de nosotros, de este modesto esfuerzo editorial de **"Hazañas y Heroísmos"** y de sus propósitos y finalidades; palabras que sirvan de la más sincera expresión de gratitud para el público que ha querido acoger nuestro primer número con la atención y la cordialidad que tanto nos honran y estimulan.

Al acometer este intento, al tratar de universalizar los heroicos esfuerzos de unos hombres que luchan tras una bandera en defensa de unos ideales, hemos querido poner en contacto a nuestros lectores con los escritores españoles de más acusado relieve y prestigio, para que sean ellos, quienes a través de sus plumas meritisimas y los sucesos históricos culminantes de este lazo solemne de la humanidad, lleven al ánimo de las gentes que vibran con acusado patriotismo, las gestas y los rasgos más destacados de la nueva era que se está forjando.

La primera novela de nuestra colección, de presentación sencilla como cumple a los propósitos que nos aminoran, ha merecido del público en todas partes una aceptación tan amplia y unos comentarios elogiosos de la Prensa, tan generales, que aquél apoyo y éstos estímulos nos alientan con más tesón si cabe para perseverar en la obra emprendida.

Más, antes de seguir el rumbo que nos hemos trazado, a lo largo del cual va a encontrar las firmas más acreditadas de nuestra literatura y los temas bélico-novelescos más sugestivos y patrióticos, era un deber inexcusable dar las gracias rendidas a nuestros miles de favorecedores, a los que en lo sucesivo aspiramos a dejar cada vez más gratamente satisfechos, hasta completar una moderna y valiosa biblioteca de narraciones modernas, amenas, vibrantes y patrióticas.

¡Viva Franco!



¡Arriba España!

LA GUERRA EN EL MUNDO

Avanzan tan vertiginosamente los acontecimientos en aquel lejano mar Pacífico, que por muy habituados que los espectadores estemos a las ofensivas relámpago de los alemanes, ahora nos encontramos con unos guerreros, mal conocidos del mundo y peor de sus enemigos, que se han propuesto superar todos los records.

El gigantesco esfuerzo nipón, toca en los límites de lo asombroso, sobre todo teniendo en cuenta las distancias oceánicas extraordinarias y la diversidad de objetivos afectados con simultaneidad. La primera consecuencia a deducir de ella, es que la flota japonesa era absolutamente desconocida de todos: los aliados y los rivales. Porque no se pueden intentar empresas del volumen de las que los hijos del Sol Naciente han emprendido hasta esta fecha, sin contar con una flota y unos medios de transporte numerosos y rápidos que por supuesto no se les suponían a los japoneses, ni siquiera exagerando las impresiones más optimistas.

Al éxito decisivo de la campaña en las Islas Filipinas, siguió aquel ataque en la península de Malaca, verdadera columna vertebral del Imperio británico, cuya cabeza a todos los efectos es la bien defendida isla de Singapur. El ímpetu arrollador de los soldados japoneses, aplastó la resistencia de las fuerzas coloniales, de las tropas australianas llevadas apresuradamente para contener la avalancha y de las escasas fuerzas británicas que trataron



de hacer frente a los amarillos. Pero el Ejército japonés, que empleó desde el principio de la campaña ese tipo de ofensiva desconcertante, asestando golpes terribles en teatros muy distantes del Pacífico, todavía hizo más varia y dislocada la acometividad sin perjuicio de la extraordinaria eficacia.

Las operaciones en Malaca tocan a su fin, porque están los japoneses a pocos kilómetros de Singapur, y cuando el ataque a la plaza fuerte llegue por los caminos terrestres, que son los únicos que los británicos no habían previsto, habrá de jugarse la decisiva carta y sabremos en definitiva a que atenernos respecto de la capacidad defensiva de unos y el poder acometedor de los otros.

Más esta audaz acometida, si triunfa, habrá socavado los cimientos del Imperio inglés, amenazando con un derrumbamiento fragoroso. Situados los japoneses «a caballo» entre las dos rutas esenciales para el imperio colonial británico, los dos caminos, el de la India hacia el Oeste y de Oceanía hacia el Este, quedan directa y eficazmente amenazados. Con tan grave riesgo que a la hora de trazar estas cuartillas, que naturalmente no pueden aspirar a recoger la actualidad del momento, ya se hizo realidad el ataque —desembarco— en Nueva Guinea y en las islas Salomón, de esos caminos orientales y oceánicos a que me refería, y quedó cerrado el paso de la ruta de Birmania prácticamente, con la amenaza sobre Raugun. Son sucesos exactos y tan rápidos, que la explicación y sobre todo las consecuencias más inmediatas han de formularse preferiblemente sobre el mapa.



El imperativo de un invierno rigurosamente crudo, ha dado su tónica de relativa inactividad a las operaciones en el frente ruso. Con esas bruscas reacciones que han sido las avalanchas soviéticas, que en el mejor de los casos apenas si han conmovido una línea de frente que ya estaba decidida a quedar estabilizada. De Norte a Sur las violentas embestidas no han servido para hundir el frente alemán, que queda en expectante amenaza de mejores



tiempos. A lo largo de esa terrible línea, la División Azul ha vuelto a cubrirse de gloria en la defensa estóica de sus posiciones y en las bravas respuestas para castigar la osadía asaltante. Y siempre el valor y el heroísmo de los españoles han dejado de nuevo frente a los bolcheviques, esculpido su acento, con el arrojo peculiar que sirve ya de tema glorioso de discusión y elogio en todo el mundo.



En el Norte de África se han reproducido las batallas y otra vez han tomado la iniciativa los soldados alemanes del general Rommel. Porfía encarnizada y sucesos extraordinarios de los Ejércitos que defienden el honor sin esos grandes medios de combate que son característicos de las grandes ofensivas europeas, tienen sin embargo el alto valor y el hondo significado de los empeños mediterráneos en cuyo mar todavía han de desarrollarse grandes acontecimientos...

SPECTATOR



EL TORPEDO

AMARILLO

CAPITULO I

LOS CABALLEROS DE SATSUMA

En la vieja y feudal Satsuma, cuyas brillantes porcelanas fijaron en su arte primario y delicado, junto a los dragones fabulosos, las flores del cerezo nativo que escarchan perlas diminutas, nacieron los héroes de esta historia, muertos por la gloria imperial del Japón moderno. En ellos, en los Caballeros de Satsuma, se une el pasado fabuloso del Japón, que entronca en los dioses, con el presente, hecho por virtud de sus ingenieros, de sus militares, de sus hombres de negocios y fabricantes, de sus doctores en todas las ciencias, que fueron arrancando sus secretos al viejo Occidente. Jamás comprenderemos los occidentales el alma oriental, que en el japonés extrema el hermetismo de su orgullo, creyentes en un origen superior, divino casi. Pero sus grandes virtudes manifiestas, las que nos presentan la increíble realidad de sus triunfos militares, nos permiten asomarnos al abismo insondable de esas almas cerradas y llenarnos de su luz misteriosa. Estamos ante un gran pueblo. Grande, como su ambición; grande, como el propio esfuerzo por alcanzar esa grandeza.

* * *

Mediaba el siglo XIX de la Era de Cristo, por la que cuentan los "Demonios blancos". El Japón arrastraba una vida lánguida, y tanto temía al exterior, que se miraba como temeraria empresa, que sólo daños podía producir, el navegar por los mares que rodean las islas maravillosas. Sin embargo, por aquel tiempo era ya inminente el advenimiento de la dinastía Meiji, a cuyos emperadores debe el Japón su crecimiento fabuloso que, en menos de un siglo, le ha llevado a un primer puesto entre las potencias, victorioso siempre en la guerra.

En la complicada geografía del Imperio japonés, Satsuma ocupa puesto de honor en la península que Kagohisma tutela y da nombre. Es una península diminuta, al sureste del archipiélago. Diríase una miniatura de la península Ibérica, cuya configuración recuerda exactamente. A esta península llegó un día San Francisco Javier con sus ansias evangelizadoras. Desde aquel día el Japón, entre su budismo esencial y su sinthoismo nacionalista, guarda esencias cristianas. Bien escogió el jesuita misionero su punto de desembarco. La península de Kagohisma, donde la vieja y feudal Satsuma se asienta, no brindaba sólo su proximidad al navegante, como un baluarte del archipiélago donde el sol

nace. En ella estaba el espíritu feudal asentado firmemente y un régimen patriarcal imperaba en las costumbres. Tenía algo de la Vendée, de Irlanda y de Navarra. Allí comenzó San Francisco su acción misionera, y allí se conserva la tradición oral de su arribo entre los naturales. No fué San Francisco el "Demonio blanco" como los demás. De él se habla como de un "Angel bueno". ¡Ay, si todos los blancos hubieran sido como él! Pero por los vírgenes mares del Asia aparecieron otros hombres que no llevaban una cruz en la mano, sino una balanza y una vara de medir, para pesar y mesurar su conveniencia. Lo que la Compañía de Jesús hizo, lo deshizo la "Compañía de Indias", y en el Japón se desarrolló un sentimiento xenófobo que ha incluido en su historia reciente, sentimiento envuelto en sonrisas y complicadas reverencias, en tanto los ojos miran con el oblicuo enigma que se ha hecho en un 8 de diciembre de 1941, trepidar de motores en el aire y explosiones de torpedos en el mar, rompiendo el nombre de un mar que se decía Pacífico, acaso porque sólo conoció el terror de los tifones, mucho menor que el que los hombres producen con sus máquinas de infierno.

• • •

No comprenderíamos exactamente el valor de cuanto el Japón realiza en la actualidad, ni el espíritu del relato novelesco que vamos a hacer a nuestros lectores si no fijáramos lo que era el Imperio al mediar el pasado siglo. El poder del emperador estaba mediatizado por el sistema feudal. El país estaba dividido entre cien señores, que más que del provecho y gloria nacional cuidaban del suyo propio. Enemigos entre sí, con fútiles pretextos emprendían largas

y sangrientas guerras. El sentimiento nacional se rebelaba unánime cuando la imprudencia presuntuosa de algún blanco o la ambición de algún chino, hería el alma nacional. Entonces, el espíritu de los samurayas se alzaba. Todas las viejas glorias del Imperio se ponían en pie, revestidas de su brillo tradicional; pero apenas pasaba el momento, volvían las luchas interiores. Así se produjo en Yedo—hoy Tokio— la lucha entre los partidarios de Tokugawa y los del Daingo de Satsuma, ensangrentándose suelos y mares del Japón. En septiembre de 1866, en el Palacio Imperial de Kyoto, se proclamaba la dinastía Meiji, comenzando una dura lucha contra los que representaban los últimos restos del poder feudal. Fué la lucha cruenta y larga, prodigándose en ella las batallas en mar y tierra. Los Caballeros de Satsuma estuvieron al lado del poder imperial.

Cuatro años después la guerra terminaba, y la unidad del Japón era perfecta. Los rebeldes, vencidos, hicieron prodigios de valor. La lucha civil fué frecuente en hechos caballerescos, observándose por una y otra parte las reglas de la Caballería que forman el Código "Bushido", compendio de fórmulas morales que sólo tienen comparación en el espíritu de las Ordenes Militares españolas.

• • •

Fundó la dinastía de los héroes de este relato novelesco el caballero Hiramitsu, cuya vida patriarcal se interrumpió en Satsuma para tomar parte en la guerra civil al lado del Emperador. Ya había guerreado contra el extranjero blanco en la primera guerra que el Japón sostuvo contra los ingleses en 1863, cuando unos buques llegaron en son de guerra a

la bahía de Kagoshima, el 17 de agosto de aquel año, para reclamar una satisfacción, que a las buenas no daban los japoneses, por la agresión que habían sufrido unos súbditos británicos, imprudentes interruptores de un cortejo gubernamental. Hiramitsu, que había sufrido la humillación del vencimiento frente al extranjero, muy superior en armas, comprendió que era llegado el momento de renovar todo el viejo material japonés. ¿De qué servía todo el valor de los samurays frente a los fusiles y cañones de tiro rápido que los "Demonios blancos" manejaban? ¿Para qué valían los sables afilados frente a las corazas imponentes de los buques?

Lentamente, como quien reza una oración, Hiramitsu relataba a sus hijos un recuerdo de las viejas guerras. Evocaba el nacimiento del poderío naval del Japón.

—Satsuma, con su viejo espíritu feudal, pura aristocracia que está llena del "Bushido", vió la primera la necesidad de transformarnos, pero sin perder nada de nuestro preclaro abolengo. Quiere Dios que renunciemos a todo menos a la victoria de nuestra raza, que ha de ser señora del mundo. Los blancos llegaron a nuestros mares, infestaron nuestras islas, activaron el comercio del opio que sume en la estupidez y soñaron con derrocar las sublimes verdades de Buda, introduciendo las repugnantes prácticas de una vida grosera. Los pueblos de Oriente fueron divididos por guerras. Sólo en la guerra que arruinaba nuestra raza podía basarse el triunfo de los "Demonios blancos". Entre China y Japón sembraron un odio a muerte. Pero llegará el día de la victoria. Seremos poderosos; arrancaremos sus secretos militares a los blancos. Tendremos bar-

cos como ellos, grandes cañones, ejércitos innumerables. La tierra, el aire y el mar de Asia serán nuestros...

Callaba Hiramitsu, el Caballero de Satsuma, fundador de una dinastía de guerreros. Callaba, y reanudando el hilo de sus pensamientos recitaba esta proclama de Nariakira, el gobernador de Satsuma, que fundó el espíritu del poderío naval japonés:

—“Las altas autoridades del Imperio han resuelto que se organice la defensa contra los barcos extranjeros, pues la insolencia de los bárbaros es ya una amenaza. Por esto, Su Señoría ha ordenado suministrar recursos para crear la defensa nacional, y para ello, sin considerar los gastos que sean necesarios, se construirán cañones y buques de guerra, declarando éstos de absoluta necesidad para la protección del país. Ya han sido nombrados los artilleros; pero por haberse construído los buques hace tan poco tiempo, no se ha podido encontrar todavía marineros. Considerando que si los buques de guerra no son tripulados por marineros prácticos no servirán para nada, Su Señoría hace saber que todos aquellos jóvenes que deseen servir en los buques de guerra quedarán contratados...”

Corría el año 1858. Murió Nariakira, y fué gobernador de Satsuma Tadayoshi. “Tenyu Maru”, “Eihei Maru”, “Hakuho Maru” y “Seiyo Maru” fueron los primeros buques de hierro de Satsuma...

Después, vino la guerra; guerra desigual, en la que fuimos vencidos; pero el camino del mar estaba abierto, y en la derrota habíamos de aprender. ¡Jamás nos vencerán los blancos!

Las flores del cerezo, con su palidez carnal, nevaban el jardín. Llegaba el buen tiempo en uno de los

años finales del siglo XIX, cuando hablaba así una tarde el viejo Hiramitsu. En torno a él, sentados en semicírculo, sus hijos le escuchaban reverentes. Hiramitsu parecía tallado en pálida cera. La seda negra de su



En torno a él, sentados en semicírculo...

kimono se ajustaba al ya débil cuerpo. Apenas si sus miembros tenían movimiento. Hiramitsu hablaba perdiendo en la lejanía la mirada de unos ojos apagados, que se asomaban a las rendijas oblicuas de sus ojos. De vez en vez, cuando el tono sibilítico de sus palabras se hacía fuerte, una extraña luz se asomaba a aquellas hendiduras sin pestañas casi, que diríase formadas por el rasguear sesgado de un bisturí. Tenía Hiramitsu puros y enérgicos sus rasgos raciales.

—Vuelvo los ojos al pasado y contemplo cuanto de hermoso y grande hay en nuestra raza. Miles de años antes que los blancos, poseíamos todos los secretos del acero y del fuego... ¿Cómo los hemos perdido? El acero y el fuego son las cifras del por-

venir. Con ellos recuperaremos nuestra grandeza, y la raza amarilla—carne que tiene fresca la huella del dedo dorado de Dios, que es como la luz—volverá a reinar sobre todos los mares y todas las tierras. Mi generación, hijos míos, ha hecho la unidad del Imperio japonés. Ya nada se nos opone en estos mares. El mar del Japón es ya el mar nuestro. Así lo saben los blancos y así lo consignan en sus cartas de navegar. Mucho hicieron los sabios emperadores del pasado que han traído hasta nosotros, de generación en generación, el mensaje de Dios; nosotros hemos hecho lo que hemos podido. Os legamos la unidad; pero vosotros habéis de hacer aún más. No olvidéis los secretos del hierro y el fuego. En ellos está el poder. Ellos conservan el misterio del sol y tienen parte de su fuerza. Cuando poseáis esos secretos seréis superiores a los blancos. El sol naciente estará en vuestras manos...

Hiramitsu hablaba con solemnidad, pero sin afectación, tal como un sacerdote que musita el oficio sagrado. Su oficio era ahora transmitir a sus hijos la fe en el viejo e inmortal espíritu, esencia de una raza, que guardaba Satsuma como si ella fuera el vaso de porcelana grato a Buda para guardar tan alto espíritu.

Kamajiro, Saburu y Yamamoto, sus tres hijos, le escuchaban en religioso silencio. A los ojos de un occidental, la edad de los tres era un enigma. ¿Muy jóvenes? Los signos de juventud no son comprensibles a veces para un europeo cuando se dan en otra raza. En la amarilla hallamos niños que nos parecen viejos, y viejos que nos parecen niños, uniéndose senectud e infancia en diminutos rostros arrugados.

Los tres Caballeros de Satsuma escuchaban al patriarca. El sol po-

niente enviaba ya sus últimos rayos al jardín. Las flores del cerezo se encendían ahora. Callaba la Naturaleza. El cielo era de un azul profundo que se oscurecía lentamente. Lejos, muy lejos, una faja de color verde claro, en la línea del horizonte, señalaba el mar. Hacia él caminaba el sol.

Hiramitsu se volvió hacia aquel camino, por el que caía, envuelto en oros y ráfagas de fuego, el sol de la tarde.

—Va hacia la tierra de los blancos, hacia las tierras impuras de la codicia y la lujuria; hacia las tierras del mal. Un día será sólo nuestro, y el sol que en nosotros nace será sólo nuestro, porque el mundo nos pertenecerá. ¡Que veais vosotros y vean vuestros hijos la pura luz del sol naciente sobre un mundo puro todo él! Esta es la profecía y el mandato de Hiramitsu, vuestro padre.

Los tres Caballeros de Satsuma se inclinaron. El patriarca estaba transfigurado. Toda la luz de Poniente le llenaba. Sus ojos abiertos brillaban como dos curvos sables de samuray, y siguieron brillando en la noche, que cayó pronto sobre Satsuma.

Lejos, como diminutos volcanes, entre otros jardines, los hornos de porcelana, milenarios casi, iluminaban la noche perfumada, como en una clásica fiesta de farolillos japoneses.

CAPITULO II

GLORIA IMPERIAL

Al comenzar el siglo XX la dinastía Meiji imperaba felizmente sobre las islas japonesas. Hiramitsu, el patriarca de Satsuma que en las guerras civiles se mantuvo fiel al em-

perador, yacía ya en un humilde cementerio, bajo un florido tapiz de crisantemos funerarios. Una estela de madera negra cantaba en caracteres chinos, trazados con oro, el ejemplo de su vida. Periódicamente, Kamajiru, Saburu y Yamamoto iban a hacer sus oraciones ante aquella tumba, recordando las palabras del viejo, a quien Dios permitió asistir al comienzo de la era moderna del Japón, y que bajó al sepulcro recordando a sus hijos, sobre todas las cosas, un amor y una lealtad sin reservas al Emperador, camino el más seguro para lograr la grandeza de la patria y el triunfo de la raza.

Ya la gran isla de Formosa ha venido a aumentar el suelo japonés por derecho de conquista. Ha sido el precio de la victoria sobre China. Con este triunfo termina el siglo XIX, y aún se hace mayor la ambición de gloria para el siglo que comienza.

¡Puerto Arthur!

Togo en el mar y Nogi en la tierra.

Con ellos, Kuroki y Kamimura compartían la gloria. Pero no se luchaba por el nombre propio, sino por la gloria imperial, que era la gloria de todo el pueblo.

Cumplieron el testamento del patriarca de Satsuma sus tres hijos.

Kamajiro murió combatiendo al lado del general Nogi en uno de los asaltos a Puerto Arthur: Saburu murió en la batalla de Mukden, coronel de uno de los regimientos predilectos del general Kuroki, conteniendo el desesperado avance de una de las Divisiones que mandaba Kuropatkine, el general ruso. Sólo Yamamoto Hiramitsu volvió al viejo jardín de Satsuma, donde los cerezos estaban otra vez en flor. Yamamoto había combatido en la escuadra de Togo, y desde Chemulpo a Puerto

Arthur, desde el Mar Amarillo al Mar del Japón, en todas las tremendas y repetidas acciones, desde el puente del "Mikasa", siguió la vida del héroe nacional, Togo, secundando sus órdenes como uno de los oficiales de su Estado Mayor.

La sangre de Hiramitsu había corrido, pródiga, por la gloria imperial. De tres hijos, dos habían caído por agrandar los límites del Imperio. Sólo quedaba Yamamoto Hiramitsu, que venía ahora a hacer oración y ofrenda ante la tumba del padre.

El cementerio estaba desierto. Del mar llegaba un airecillo fresco que jugaba con los crisantemos funerarios que cubrían el suelo. Se les diría palpitantes, llenos de una misteriosa vida. Sus pétalos se abrían como garras de fría porcelana mejor que como cálices de flor. Sentado ante la tumba del padre, a la manera japonesa, es decir, arrodillado casi, Yamamoto hacía su oración ahora. Su oración, que era una ofrenda de tres coronas de laurel. De las tres coronas, dos estaban empapadas de sangre. Eran las de sus hermanos. En la suya se habían cuajado, como lágrimas, gotas amargas del mar. Eran las perlas de Thuisma, que tenían sangre del almirante ruso Rojedmensky; eran las perlas misteriosas de Puerto Arthur, salpicadas con la sangre del almirante Makaroff, hundido con el acorazado "Petropavlovsk" y sus 630 marineros.

Yamamoto oraba.

Era su oración una ofrenda mental en la que en voz muy baja, como el susurro del aire marino entre las flores funerarias, iba relatando las hazañas de sus hermanos, muertos como perfectos Caballeros, llenos del espíritu bushido.

—Yo estoy aquí, padre mío, tra-

yéndote el beso que ellos no pudieron depositar sobre tu sepultura. Yo te traigo sus laureles y mi vida. Dispón de ella, ordéname...

Por el rostro impasible de Yamamoto rodó una lágrima. Sobre su uniforme de capitán de la Marina imperial vestía el kimono vernáculo. Era el samuray de Satsuma, tal como su padre le quería. Pero su servicio no terminaba en el relato de las hazañas fraternales, ni en la modesta exposición que de los hechos propios hacía al pie de la tumba paterna, como una oración. Aún había que hacer más. Sentía la angustia de ser el último de los suyos. No quería ser el último de su raza. Los servicios al emperador había que prolongarlos más allá de la propia vida, como los prolongó su padre con la ofrenda viva de sus hijos, en los que infundió el más perfecto espíritu bushí.

Recordaba Yamamoto el testamento de Hiramitsu. Creyó oír otra vez la voz lenta, la voz amada, la voz que era como un susurro del aire marino entre los cerezos en flor del jardín de Satsuma.

Y la voz habló así:

—“No ha terminado tu misión ni tu sacrificio. Que la raza no se extinga en ti. Multiplica la santa simiente de los tuyos... Serás padre de hijos que prolonguen en el sacrificio el servicio a la patria. ¡Crea, educa! Aún no ha logrado el Japón la plenitud de su destino imperial. Aguardan días más duros que los que hasta ahora hemos vivido. Los “Diablos blancos” cercarán al Japón y querrán que nuestro sol se nuble asfixiado por las nubes de sus egoísmos. Generación por generación, perpetuemos la raza. Dios te ha destinado para que en ti se perpetúe la simiente de Hiramitsu, el patriarca de Satsuma que ayudó a su Emperador en la

empresa de unir a la patria. Que tus hijos se eduquen al lado de los blancos, que sepan arrancarles sus secretos. Que si es preciso beban el vino de sus festines y descendan hasta el amor de sus mujeres. Que sean fuertes en todas las artes. Que bajen hasta la servidumbre si es preciso, pero que siempre, en servicio de la patria, estén revestidos interiormente de una coraza de limpio acero, tan limpia y tan fuerte como el sable, emblema del alma del samuray. Ve. Cumple tu destino. Sé padre de hijos que en el estudio, el comercio y las armas, hagan aún más fuerte y poderoso al Japón. Y sea todo por la gloria imperial del sol que nace en nosotros y ha de alumbrar al mundo todo, con una luz de oro, amarilla como la carne sagrada de Buda, padre del género humano."

Esta fué la voz que el viento parecía arrancar de las flores en la hora mística y de apariciones en que apuntaban las primeras estrellas, en las que se cuajaban sombras de espectros en el cementerio cercano al mar, donde dormía el eterno sueño de la materia el patriarca de Satsuma, el viejo Hiramitsu.

CAPITULO III

EN LA "FIESTA DE LOS FAROLES"

Honrar a los muertos, especialmente a los que dieron su vida por la grandeza de la patria, es uno de los postulados del shintoísmo. El shintoísmo es una proyección del budismo sobre la vida civil y política del Japón. Allí donde la religión hecha para todos los hombres no puede llegar, allí donde el particularismo nacionalista empieza, allí está el shintoísmo formulando su Código moral

para el japonés, ordenándole todo lo que ha de regir su vida, haciéndola provechosa para la patria. Budistas y shintoístas coinciden en el culto a los muertos, cuyas almas vuelven a la tierra para recibir el homenaje de los vivos el día de la Fiesta de los Faroles.

El Japón diríase que encierra la luz de su alma entre las telas, papeles o vidrios de los faroles, velando la luz errante de las almas. El farol japonés no es sólo un elemento decorativo típico, sino un símbolo religioso. Arde en ellos el alma de los muertos, alma que alumbró el camino de los vivos. Este es el símbolo de la Procesión de los Faroles, teoría de antorchas encerradas en el capricho oriental, feble, multiforme y multicolor del farolillo japonés que alumbró y evoca. Pasan así las almas de los muertos. Es un Día de Difuntos en el que las almas toman cuerpo en la luz temblorosa de las procesiones que constelan la noche. En el buen tiempo, cuando se abren los lotos misteriosos del agosto oriental, cuando ya el ciclo foral ha terminado casi, y el aire de los parques y los bosques sagrados se embalsama con el pesado aroma de las muertas azuleas y peonías. En la noche sagrada todos los misteriosos caminos del cielo, la tierra y el mar se abren a las almas. El japonés sabe que esa noche vendrán los que para siempre se fueron, los antenados adustos, los samurays terribles, los bushis ejemplares, los sacerdotes austeros, los guerreros que mantuvieron intacto y puro de extranjera planta el territorio nacional. Es noche de ceremonia. Sedas bordadas en oro y plata envuelven los cuerpos de bronce. Las viejas lacas de los biombos cobran vida. Se animan los paisajes de los abanicos, con toda su fantasía ornamen-

tal de pájaros y raras flores, de ancianos y niñas, de caballos equilibristas, que parecen volar; de pesadas aves que rastrean sobre la cumbre de volcanes nevados. Una luna creciente ondea sobre una bandera roja. Un dragón alado campea en oro sobre un estandarte verde. En las viejas panoplias los sables se abrillantan, y en el espejo de sus limpias hojas parecen reflejarse las muertas miradas que otro tiempo expresaron el sagrado furor de los guerreros. Ramas de bambú y de olorosos pinos adornan las calles. Sobre los curvos tejadillos de los templos budistas y shintoístas resbala una luz de evocaciones. En el interior de los hogares hay un recogimiento místico. Pasa la Procesión de los Faroles, pasan las almas...

* * *

Han transcurrido los años. Yamamoto Hiramitsu no vive ya en la feudal Satsuma, ni su casa se oculta entre un bosquecillo de cerezos, ni las abiertas azaleas de mayo embalsaman el aire que llega del mar. Ahora es el coronel en cuyo despacho de Tokio se encierran los secretos más peligrosos de la guerra naval. Cumplió el mandato de su raza. Cinco hijos perpetuarán el nombre y la sangre del patriarca de Satsuma. Tetsuko, joven de la aristocracia de Kioto, unió su vida, con la fidelidad y el amor al hogar que tiene la mujer japonesa, a la del Caballero de Satsuma. En el matrimonio se unía el espíritu de dos viejas ciudades; pero, por contraste, su vida había de desenvolverse en un ambiente moderno y trepidante. La casa de Tokio estaba trazada y amueblada con arreglo al gusto occidental. El coronel Yamamoto, del Estado Mayor Naval, representaba las recientes

glorias del Imperio. Su voz era escuchada en todos los Consejos militares. Había viajado mucho. En Londres y en San Francisco cumplió delicadas misiones. Suministró a su Gobierno preciosos informes sobre corazas y artillería naval de las potencias occidentales. Estudió la capacidad del arma submarina y del arma aérea aplicada a los combates con las grandes unidades. Sus largos viajes por Occidente le impusieron la necesidad de aptarse al medio ambiente de una civilización que le repugnaba, y sobre su rostro impasible colocó una carátula expresiva y gesticulante como la de los blancos. Años enteros pasó sin vestir el kimono de anchas mangas, sin cubrir su cuerpo con la veste de seda nacional y sin empuñar el sable, afilado y curvo, forjado con un ritual de oraciones, como si más que un arma fuera un objeto de culto. Vivía ahora en la moderna Tokio, en la avenida Guinza, competidora en urbanismo de las grandes vías de Nueva York y San Francisco. Los anchos ventanales de su despacho no se abrían a un panorama de cerezos y guindos, ni un lago tranquilo se descubría desde allí. Pasaban y repasaban raudos los automóviles modernos. Lejos, la égloga pastoril de Hokkaido y el lago Chuzenji, cercado de milenarios pinos. No veía al abrir sus ventanas el cono truncado del monte Fuji, reflejando en el agua su eminencia blanca de nieve. Todo el paisaje del Japón, montañas, parques, ríos, como el Nagara y el Hozu; riberas marinas pobladas de diminutos barquichuelos; todo eso estaba lejos, y aquí, en plena Tokio, había de volver, como en Londres, como en Nueva York, sus ojos hacia dentro para verlo.

Tokio inmenso, con sus cuatro-

cientos dos kilómetros cuadrados de superficie, segunda capital del mundo, se extendía al pie de sus ventanales, de grandes y limpios vidrios, que bebían ansiosos la luz. Todo el barrio central, remedo de la City, se abría en grandes avenidas, con enormes bloques de edificios de ocho y diez pisos. Lejos, los puentes innumerables cruzaban el río Sumida. Era la capital imperial, de un Imperio de hierro y acero, de grandes buques, de enormes presas y saltos de agua, de portentosas electrificaciones, de fantásticas hilaturas y telares de seda y algodón, capaces de vestir al mundo.

El coronel Yamamoto veía declinar el sol de aquel día sobre Tokio, ardiente de verano, febril de trabajo. El edificio de la Dieta Imperial, blanco, de altos mármoles, parecía el remedo de un templo budista que quisiera convertirse en Parlamento occidental.

Era el día de "O-Bon", la Fiesta Nacional de los Faroles. Aquel día, Yamamoto recibiría a sus hijos, llegados de diversas partes del mundo para pasar las vacaciones en la patria.

Sujino, el mayor, había llegado de Alemania, donde estudiaba arte militar; Nomura estudiaba Medicina en el Hospital de Viena; Yuko-Hito aprendía la ciencia de los negocios en San Francisco; Tsuboi cursaba Leyes en la Sorbona, y Yama-Hiro, el menor, estudiaba en Inglaterra el arte de navegar y toda la complicada ciencia de las armas aplicadas al mar.

Eran jóvenes los cinco hijos del coronel Yamamoto.

—En 1919 nuestros astilleros pudieron construir 630.000 toneladas de buques, y aún podremos llegar al millón de toneladas por año. Cerca de

cuatrocientos astilleros repartidos a lo largo de las islas pregonan nuestro poderío. Más de 300.000 toneladas del mejor acero pueden suministrar nuestros hornos de Yawata, Kyushu y Hokkaido; pero aún no podemos sentirnos satisfechos. Hemos de ser incansables en el estudio de los grandes secretos de Occidente. Su física, su química, su mecánica, hemos de igualarla, primero, y superarla, después.

Fiel a esta idea—la conquista incruenta de Occidente—, el coronel Yamamoto esparció sus hijos por el mundo de los "Diablos blancos", como hubiera dicho el abuelo Hiramitsu.

Y, en este día sagrado de "O-Bon", la fiesta de los muertos, los cinco hijos peregrinos se reunían en la casa paterna, que semejava en plena Guinza, una prolongación de Occidente.

¿Dónde estaba el alma del samuray, dónde el espíritu Bushido, código de leyenda y honor caballerescos?

—¿Nos diluiremos en la conquista de Occidente? ¿Seremos, al fin, conquistados, creyendo ser conquistadores?

Unas leves pisadas le hicieron volver el rostro, y quedó asombrado. Tetsuko llegaba hacia él sonriendo dulcemente. Vestía el traje nacional de las grandes solemnidades de corte. Sus cabellos estaban recogidos en un alto moño y subían tirantes desde la nuca y las sienas. Sus pies se perdían en unos diminutos envoltorios de seda. Un cerrado abanico jugaba entre sus finas manos. El rostro de viejo marfil era aún joven. El espeso y alto peinado era un negro dosel que cubría la frente pensativa de la señora Tetsuko. El "obi" bordado se ceñía a su cintura aún esbelta, y la severa gracia del kimono

completaba la estampa fina, de Kioto, digna esposa de un samuray de Satsuma.

—¡Coronel!—dijo suavemente Tetsuko—. Coronel: hoy es el día en que los muertos vuelven. Volvamos hacia ellos nuestro pensamiento...

—Y hoy reunimos a nuestros hijos. Gracias, Tetsuko, gracias por haber vestido las viejas galas de nuestro pueblo. Nuestra misión es unir todo eso que vive ahí fuera, todo lo que es luz y fuerza de Occidente, con lo que llevamos en el corazón.

—En el día de O-Bon, he querido decorar la casa al viejo estilo. Que la tradición renazca aquí, en el corazón de Tokio, como una ofrenda a los que hoy evocaremos en los templos. Cuando los hijos lleguen, yo serviré el té, con toda la ceremonia de "chanoyu", con el rito de las abuelas, madres de los samurays de otro tiempo...

Yamamoto sonrió.

Reconocía en su mujer el alma japonesa, fiel a la tradición, la que no desertaría. Bien que los hombres se impregnaran de las modas y modos de Occidente; bien que las casas se edificaran al gusto moderno de Inglaterra y los Estados Unidos. Bien que los hijos marcharan a Alemania, a Austria, a Francia, a los países cabezas del mundo anglosajón, y en sus laboratorios, clínicas y arsenales estudiasen las ciencias de la vida y la muerte... Bien que Tokio creciera, tendiendo puentes sobre su río, el ancho Sumida, ya en boca del mar, y llegara a ser la segunda capital del mundo, adoptando la urbanización cómoda de los europeos. Bien todo esto, pero que en el fondo de los hogares la tradición tuviera su santuario.

En el hogar del Coronel Yamamoto, Tetsuko guardaba esa tradición.

En aquel día consagrado a los espíritus, en los que al evocar la fe de los antepasados se fortalecía el alma, no ya de los samuray y de los bushi, que encarnaban las más altas jerarquías del Imperio, sino de todos los japoneses, de los que los que trabajaban junto a los hornos, de los que bajaban al fondo de las minas, de los que estaban junto a los telares en los que danzaban vertiginosas innúmeras lanzaderas de seda o algodón, de los soldados y marineros, de todos los que, en los menesteres humildes, trabajaban por la gloria moderna y prepotente de la raza amarilla. Era el día sagrado de O'Bon. No; él no lo había olvidado. Era tiempo de vacaciones y celebraba que sus hijos estuviesen junto a él en la hora en que la procesión de los Faroles se encaminaba al Parque de Fusio-Kan, donde se reunían en un mundo de miniatura, todas las maravillas de la Naturaleza. Era un minúsculo Edén, en la antigua Yedo, ofrecido para recibir las almas, eternas viajeras, que en aquel día caliente de verano volvían a la tierra. ¡Qué los antepasados bendijeran la nueva Tokio, hallándola digna de la grandeza de la raza!

Tetsuko se prendió del brazo de su marido, cambiándose entre ellos una reverencia mutua, llena de antigua dignidad. Juntos fueron hacia una estancia cuyas desnudas paredes estaban cubiertas de tapices y delicadas esterillas en las que viejos artistas pintaron o bordaron escenas de guerras y danzas sagradas.

En el suelo, unas sencillas esteras de junco. Sobre ellas, mesitas de laca, ricamente esmaltadas, y diminutos muebles de bambú. Presos en macetas de porcelana, árboles enanos fingían bosques de ensueño. En un jarrón de Satsuma, con dragones

de fuego y oro, se desmayaban unas glicinias, y unas opulentas rosas de grana y de té se abrían en floreros de porcelana azul.

En el testero de honor, sobre una mesita de laca negra, tal de pulida y brillante que se diría toda ella un ónix tallado, el sable de honor de Yamamoto, con su rica empuñadura de piel de tiburón, con su pomo que remataba un gigantesco rubí. Unos hilos de fina seda pendían del largo puño a manera de borla. La vaina era una obra de arte hecha en marfil. Pero lo que era el alma del hogar, era la hoja limpia, refulgente y fría como una luna de invierno. Toda la superstición, todo el mito de las estrechas leyes de la Caballería ni pona, estaba allí cifrada. Era, a su vez, un símbolo religioso. El coronel Yamamoto sonrió satisfecho. ¿Qué valdrían las corazas de los buques que él había diseñado, qué los potentes cañones, qué los submarinos y torpedos, si se empañaba un día el brillo misterioso de aquel arma ancestral? Entonces, si el espíritu del viejo Japón abandonaba a los modernos samurays, nada valdría el inmenso Tokio, nada su industria ya fabulosa, ni sus ferrocarriles, ni sus fábricas, ni sus campos sabiamente cultivados. El sol del Nipón se habría eclipsado y el Japón no sería otra cosa sino una nación más, como las de los blancos, sin fe, condenada a crecer, a decaer y a morir apenas sin dejar memoria.

Miró su uniforme. En un gran espejo colocado en el centro de la estancia, a la manera de los templos shintoístas, se vió con su uniforme de coronel. Un militar, un marino de tipo europeo. Se vió ajeno al lugar y al día, como un profano irreverente dentro de un santuario.

Un instante después volvía revestido de la dignidad del traje nacional que cubría el uniforme. ¡Qué representaban las glorias recientes de la moderna era—las del mar de la China, las de Chemulpo, el Yahí y Thusima—, comparadas con la eterna gloria sin tiempo de ser nipón y samuray! ¡Ahora sí que el espejo reflejaba a un auténtico bushi! Sonrió a su propia figura. Tetsuko le sonreía también con un amor lleno de dignidad y reverencia.

CAPITULO IV

Ofrenda a los que murieron por el Emperador.

Aún era día claro. Tarbaban aún en aparecer las estrellas sobre el cielo de Tokio, cuando los cinco hijos del coronel Yamamoto llegaron a la casa paterna. El ascensor, rauda y silencioso, les llevó al hermoso piso moderno, refrigerado, profuso en ventiladores, reluciente de parquets, metales y cristal. ¡Qué diferente toda aquella confortable envoltura urbana del alma que guardaba el departamento del coronel Yamamoto!

Muebles de roble, tallados al gusto inglés; una gran radiogramola "Made in U. S. A.", un venerable reloj inglés con la sonrisa del Big-Ben. Fotografías grandes de puertos y buques extranjeros. En lugar preferente, un retrato de Lord Beatty, el héroe del Skagerrat, con afectuosa dedicatoria al coronel Yamamoto.

Entraron los hijos entre las reverencias de los criados, enfundados en sus blancos smokings de servicio, con rigidez de cuellos y pecheras.

¿Era aquella la casa de uno de los héroes del mar Amarillo? ¿Cómo se guardaba allí, y en aquel día, el recuerdo de Kamajiro, muerto en el

asalto a la fortaleza de Erhglinshan, en Puerto Arthur, después de quince días de luchar cuerpo a cuerpo con los rusos? ¿Cómo, en el día de O-Bon, se guardaba la memoria de Saburu, muerto en Mukden en un ataque nocturno de los cosacos, mandados a la muerte por Kuropatkine, en una noche de infernal furia en la que estuvieron confundidos japoneses y rusos en mortales abrazos en los que se moría por el Zar y por el Mikado?

Y, sobre todo, ¿cómo se rendía culto al alma del patriarca Hiramitsu, muerto en su casa de la lejana Satsuma, soñando en la continuación de la tradición gloriosa? Acaso pensaron esto los cinco jóvenes estudiantes. Sus edades se escalonaban de los quince a los veinte años. Idénticos en los rasgos raciales, lo eran también en el empaque familiar. Vestían a la europea, con soltura y pulcritud.

Sujino parecía el más fuerte. Diríase que se había llenado de la rigidez y fortaleza rotunda del militar alemán. Nomura—el doctor Nomura—, replegaba su mirada, inteligente y viva, escrutadora de los campos de los microscopios, tras unos lentes orlados por negros y anchos aros. Yuko-Hito, con aspecto infantil y alegre, recogía algo del fácil vivir comercial de San Francisco. Tsuboi, tenía el aire distraído del estudiante dedicado a la investigación de leyes y civilizaciones. Yama-Hiro era el más interesante. Era alto y fuerte. Su talla era superior a la de sus hermanos. Sabía reír, rompiendo el hermetismo de su raza, cuando era necesario. Su piel era más clara, más anchas y fuertes sus manos. Todo él tenía una peligrosa elasticidad. Frente despejada. Ojos vivos, abierta la curva racial, en ansias de ser anchos y redondos. Los ojos de Yama-Hiro

parecían querer unir dos mundos irreconciliables. Pero en la fijeza im-pasible de aquella mirala, cuando se abstraía en sus meditaciones, lejos del trato de los blancos, cuyos idiomas dominaba, un observador inteligente hubiera previsto que siempre habría de sobreponerse el mundo oriental, y que la pureza de su sangre sabría vencer las inclinaciones cerebrales que alguna vez pudieran hacerle admirar y amar las cosas de Occidente.

Corrió, silenciosa, la puerta de un saloncito. Unos criados reverentes les ofrecieron sobre sendos tableros de "Gog" el vestido vernáculo, opulento, de sedas y oros. En otras bandejas, los sables amados, los que ciñeron cada uno en los días de fiesta familiar en que se fueron emancipando y se dejaron para estudiar usos, leyes y fuerzas de extraños países.

Comprendieron. Como siempre, Tatsuko velaba, vestal del hogar, por las íntimas ceremonias. Allí mismo se encendía la llama de la tradición, sin que faltara nada ritual.

Levemente, como corre la cortina de un santuario, sobre correderas laterales, se abrieron dos puertas hechas con planchas de laca montadas en dorados bambúes. Era el salón de honor el que se ofrecía, salón digno de una residencia de Kioto.

Tres faroles de bronce alumbraban la estancia. Uno, central, estaba consagrado a Hiramitsu, el abuelo. A los lados, los que recordaban a Kamajiro y Saburu, muertos en la guerra por la gloria de la dinastía Meiji, en la que renació el Imperio. No había otra luz que la que derramaban los tres grandes faroles funerarios.

Yamamoto y Tatsuko, sentados ante el gran espejo, recibieron el homenaje de sus hijos. La fría lámina

de azogue recogía la escena irreprochable en su sentido y en sus detalles. Era, lo que todos, sin decirlo, esperaban. Era lo que la sabia y bella Tatsuko había preparado, reverente con el esposo, amorosa con sus hijos, resonando en su corazón la voz de los antepasados que en aquel día hablaban, como nunca, a los que habían de prolongar la raza hasta hacerla, poderosa y fuerte, señora de todos los pueblos del mundo.

Durante largo rato se guardó silencio. Al fin, Yamamoto habló:

—Ningún cambio de los tiempos —dijo— podrá alterar la esencia de nuestras costumbres. Vosotros, como yo, hijos míos, habéis viajado por el mundo. Venís de países diferentes. En todos ellos causa asombro el poderío japonés. Hace tres generaciones era nuestra patria país de pescadores y pastores, de vida primitiva. Hoy formamos una nación poderosa, primera entre las primeras, adaptada al maquinismo. Hemos superado la era industrial, y de un salto prodigioso nos hemos colocado a la altura de los blancos. Desde la revolución de 1868 a la fecha, hemos recorrido el tiempo que a los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania les ha costado siglos recorrer. No se explican los occidentales este fenómeno, porque no conocen nuestra alma. El alma es la que salva a los pueblos. ¡Dichosa la que se trasmite de generación en generación! Ella nos alumbró siempre. La nuestra despertó el día en que el comodoro Perry insultó nuestro orgullo. Fué en 1853. Los cuatro buques de guerra del norteamericano Perry nos humillaron, pero despertaron nuestra alma dormida. Hicimos la revolución política, derribando el régimen del Shogunado, que era el sistema feudal y sacamos al emperador del do-

rado encierro de Kioto. Vino la dinastía Meiji, y ella encarna la voluntad de Dios. Todo el pueblo está unido en torno a él. Cada año nace un millón de japoneses. Pronto llegaremos a los setenta y un millones de almas. Graves fueron las preocupaciones del pasado, pero mayores son las del porvenir. Nos cierran todos los caminos. Ni en Europa, ni en Africa, ni en América, reciben a nuestros emigrantes. Las tarifas de Aduanas han declarado una guerra mansa a nuestros productos. Todos los mercados se nos cierran. Nuestra expansión en Asia sólo podría lograrse mediante una guerra...

El coronel Yamamoto hablaba reposadamente. Enunciaba todos los problemas nacionales con seguridad.

—Lo mismo que no alcanzan la razón de nuestro crecimiento ni de nuestra capacidad industrial ni militar, tampoco alcanzan las razones espirituales ni materiales de nuestro pueblo. En 1853, un agravio nos despertó. Ahora, cualquier año de estos, otro agravio nos pondrá en pie de guerra. Es la vieja y sagrada alma del Japón, la de los abuelos samurays, que nos manda morir antes que sufrir el deshonor. El honor nacional reside en el Emperador. El nos mandará otra vez combatir y caeremos sobre los enemigos con fuerza que ellos no puedan sospechar.

Reverenciemos en este día de O' Bon las almas de los que murieron por la patria... Yo os referiría hoy historias que son leyendas. Os hablaría de los viejos samurays como en otro tiempo se hablaba a los campesinos, congregados en torno a los hogares; a los marinos, que se sentaban sobre las tablas impregnadas de agua salada. Os hablaría de Yoshistné y de su fiel compañero Bankei, o de las aventuras de los valerosos her-

manos Soga, héroes nacionales. Las historias fabulosas de Hidéyoshi y Norunga, entretenían otro tiempo las veladas y se soñaba con aventuras.

“Así como entre las flores, la del cerezo es la reina, entre los hombres el samuray es el señor”, dice una canción popular.

En tanto el coronel hablaba, las finas manos de cera de Tatsuko iban preparando el te, ceremoniosamente. Era el “cha-no-yu”, oficiado por una dama de Kioto. No se podría decir dónde terminaba la porcelana viva de sus manos, ni dónde empezaba la porcelana muerta, con alma sonora, de las tacitas decoradas.

En un viejo “kakémomo” colgado por Tatsuko junto al gran espejo, un bordador de hacía cientos de años, reprodujo en sedas una ceremonia igual que la que ella ahora oficiaba, como sacerdotisa, en el Tokio trepidante y nuevo.

El coronel siguió hablando.

Sentados sobre las pequeñas esterillas, inmóviles, los hijos escuchaban en semicírculo.

—Más instructiva que la leyenda, y casi tan poética como ella, es la reciente historia que mi generación hubo de vivir y de hacer. Cuando iba a entablarse la gran batalla naval de Tsushima, Rodjestuensky, el almirante enemigo, habló así de nosotros: “Los japoneses son leales hasta el heroísmo, sea al trono imperial, sea al país. Antes que sufrir una derrota, prefieren la muerte.” Era mayo de 1905. En esa fecha borramos de los mares de Asia el predominio de las naves europeas. Yo espero, hijos míos, que las almas de los que cayeron entonces, hombres de mi generación, un día se sentirán orgullosos de vosotros, y en vosotros se sentirán

reencarnadas. Bien sabéis sus hazañas; cómo los cincuenta buques rusos fueron aniquilados, cómo antes fué hundida la escuadra de Puerto Arthur, cómo se cerró la boca de aquel puerto, hundiendo ante ella buques nuestros que obstruyeron la navegación; como el comandante Hirose pereció en la empresa de cerrar el puerto. Tres mil voluntarios se ofrecieron aquel día para la muerte segura. Hirose, capitán de bloqueadores, realizó las hazañas más estupendas. El gran almirante Togo encomió su memoria y nosotros le hemos colocado en el altar de la patria...

Hubo una larga pausa. El coronel prosiguió:

—¿Qué vieja hazaña es comparable a la que realizó el teniente Yokoo, de la tripulación del “Fuji”? Ideó atacar a los buques enemigos llegando a nado hasta ellos. Nadando entre las sombras de la noche, remolcaría un torpedo y le haría estallar... Fué el inventor del “torpedo humano”. Esto no es leyenda, es pura historia, que yo presencié y que los archivos oficiales registran. Yokoo tuvo cuatro compañeros, como él, voluntarios para la muerte y la gloria. Sea imperecedero el recuerdo de tal hazaña...

Yama-Hiro se estremeció. Alzó la mirada hacia el padre. Un momento se cruzaron ambas y se comprendieron. Todo había de intentarse por la gloria imperial. ¿Qué valía la vida ante el beneficio que una victoria representa para la patria? ¡El “torpedo humano”! Yokoo, precursor, señalaba un camino. Yama-Hiro recordó sus estudios recientes, todo lo que estaba en el archivo vivo de su memoria, todo lo que desde 1905 a la fecha marcaba el progreso de los explosivos y los medios mecánicos del torpedo.

El coronel Yamamoto siguió hablando:

—Todos vosotros sois soldados del Emperador. Todos vosotros, en diferentes grados, es posible que seais llamados, ¡quién sabe en qué breve plazo!, al servicio de las armas para una guerra que cualquier día puede estallar. Voy a recordaros, y guardadla fielmente en vuestra memoria; esta orden del almirante Togo:

“En una batalla, la precaución es lo más importante. No hay que temer a un enemigo, por poderoso que sea, ni despreciarlo por débil que fuere. Como lo esperamos desde mucho tiempo, no nos toma de sorpresa. En algunas batallas se ha debido lamentar un descuido que ha aprovechado el enemigo para vencernos; por esto no debemos estar ni un momento desprevenidos; por el contrario, siempre atentos, aun a los asuntos de pequeña importancia.”

“El estado de ánimo es un factor importantísimo que no debemos tampoco descuidar durante la batalla. El desaliento puede surgir a veces, por equivocación, porque la comprobación de los daños ocasionados en nuestra flota, sin conocer los más graves sufridos por el enemigo, puede dar una sensación de derrota, cuando en realidad, es síntoma de victoria.

“En los combates, hay que llevar siempre la parte ofensiva, no pensar en ponerse a la defensiva. Si el enemigo tiene más cañones, nosotros podemos superarle disparando los nuestros con rapidez y puntería.”

“Punto vitalísimo en la batalla es aplicar al enemigo lo que él puede aplicarnos a nosotros, llevarle siempre la delantera en la iniciativa, ganándole siempre de la mano...”

El antiguo oficial del gran almirante Togo musitaba, reverente, con unción religiosa, estos párrafos de la

orden que dispuso la batalla del mar del Japón y dió la colosal victoria a los buques del Mikado.

Tatsuko, como una sacerdotisa, oficiaba también, paciente, enigmática, la ceremonia pacífica, familiar, sagrada, de preparar el te. Diríase que los dos polos de la vida japonesa —guerra y hogar— estaban representados en el coronel, que evocaba ahora la batalla de Tsushima, y la madre, que azucaraba el te.

Los hijos soñaban nuevas glorias que ofrecer al Emperador. Las almas de los antepasados, en la noche vernal de O-Bon, hallaban encendidos los faroles rituales con candelas de cera, y dispuestas las almas de los descendientes para repetir y aumentar las hazañas. El alma moderna era fiel a los mandatos del pasado. Esto era lo que no acertaban a comprender los occidentales. ¡Mejor así!

Cuando comprendieran, sería tarde para ellos.

...

Había entrado la noche. Por las montañas, por la orilla del mar, iban las procesiones de faroles por todos los caminos del Japón, estrellas que encendían en cera la voluntad de budistas y shintoístas para saludar a los que ya marchan en los astros distantes que decoraban la noche, cargada de perfumes densos y de cantos de guerra.

CAPITULO V

LONDRES. — HOTEL CLARIDGE

Corría la primavera de 1939. Un aire extraño, precursor de terrores, conmovía al mundo. ¿La guerra? ¡Bah, la guerra!

—La gran locura de 1914 no se repetirá. El mundo no reincide en los

mismos errores. Estemos tranquilos. ¿No opina usted lo mismo, Mr. Hiro?

Mister Hiro —Hiro-Yama— mantuvo el hermetismo de sus facciones.

—¿La guerra? ¿Dice usted la guerra, Mr. Heart?

—Sí, la guerra—ratificó la señorita Ronsard—. La guerra, ese arte para el cual habéis nacido los orientales, porque es el supremo arte del sacrificio... ¡Y del disimulo!

—Creo en ella—respondió mister Hiro—. La guerra es una función biológica de los pueblos, un terrible determinismo, que ni aun de los Estados depende apresurar ni retardar.

Estaban reunidos en el "hall" del hotel Claridge. La vida tumultuosa de Londres, de un Londres centro del mundo antes de la guerra, llegaba allí atenuada en ruidos y ademanes. Era aquel un rincón para la charla de los hombres interesados en el gran barullo de los negocios que preparaban la guerra, y que, para entenderse, se tenían que apartar de las corrientes que ellos mismos promovían. Las pisadas se apagaban en el blando piso. Eran lentas y bajas palabras y voz. La vibración sonora de los vasos de whisky era más alta que el metal de las voces de los que conversaban. Hacía dos años que Hiro-Yama había terminado sus estudios en los establecimientos navales de Inglaterra. Sin embargo, seguía en Londres, cultivando sus buenas amistades. Era un gran deportista, de músculos de acero, ágiles y férreos. Su raqueta era famosa, certero su golpe, formidable su vista. El tenis le abría las puertas de la alta sociedad inglesa. Mr. Hiro era considerado como un gentleman perfecto, como un producto selecto de la aristocracia inglesa que había amadrinado sus estudios. A decir verdad, Hiro-Yama amaba a Inglaterra como pueblo, pero como Estado recordaba esto: superficie de la

Gran Bretaña, 244.195 kilómetros cuadrados; de su gran Imperio, kilómetros cuadrados, 34.422.742. Los ingleses sumaban 46.268.000 millones. El Japón y su Imperio de islas del Pacífico tenían 169.760.000 seres humanos. ¡Para ellos sólo había 1.067.378 kilómetros cuadrados en el mundo!

¡Y Mr. Heart le preguntaba si creía en la guerra!

Mr. Heart controlaba grandes negocios en Oriente. Su firma abría las mansiones de los Príncipes y Mandarines que sojuzgaban inmensos territorios, vasallos de Su Majestad. Mister Heart se sentía miembro del Imperio británico, uno de sus resortes, uno de los eslabones que unía a la India y el Oriente lejanos con aquel Londres humano, que en la niebla buscaba, desde siglos, un camuflaje instintivo, un enmascaramiento de su área urbana, contra peligros que presentía y de los que la Naturaleza quería salvarle con un manto de leve niebla.

La señorita Ronsard interrumpió:

—La guerra cambiaría nuestro nivel de vida. Aparte el peligro de muerte, ¡qué terribles sacrificios para todos! Otra vez el fango de las trincheras, los buques torpedeados, el hambre...

—El hambre, señorita Ronsard, la sufren muchos pueblos en este país que para nosotros es un paraíso—respondió Hiro-Yama—. ¡Qué sabe, mi amiga de cómo viven millones de personas, de cómo mueren millares de niños!

—Bien; ¡pero la guerra, la guerra por ese desdichado pasillo de Dantzíg! —insistió Mr. Heart.

Un nuevo personaje que leía un editorial de "The Times", en el que se daban a Chamberlain prudentes consejos, tomó parte en la conversación:

—¡La guerra no quedará ahí!—dijo, enérgico.

—¡Pues ahí debía quedar, en todo caso!

—La guerra se extenderá por todo el mundo. Ningún pueblo se verá libre de ella.

—En vez de leer el "Times", creo que ha leído usted el Apocalipsis, Mr. Stimpson—objetó, risueña, la señorita Ronsard.

La señorita Ronsard tenía unos hermosos ojos azules, ojos que refan siempre, como su boca sensual. Su vida estaba en flor. En flor de edad y de amor. Vida libre de mujer de "hall" y vagón cama, familiar a todos los agentes de la Compañía Cook. Se la veía en Londres, y unos meses después su alegría detonante inundaba un cabaret de Singapur, celebrando un triunfo en un campeonato de tennis. Todos los caminos estaban abiertos a su juventud resuelta. ¿Qué unía a los tres hombres y a la mujer que formaban aquella tertulia en el hall del Hotel Claridge?

Mr. Stimpson era el nexo que unía a aquellas tres existencias distintas, de nacionalidad y edad. En torno a Mr. Stimpson, el enigma de origen y de vida de la señorita Ronsard, la opulencia de Mr. Heart y la sonriente máscara oriental de Hiro-Yama. Descubrir la misión de cada uno de estos tres personajes cerca de mister Stimpson, sería revelar uno de los muchos episodios oscuros que han precedido a la actual guerra. Un año antes, el ingeniero de la Wicker Limited, jefe de la gran factoría de Sheffield, sir Thomas Stimpson, había publicado un artículo sensacional en el periódico "Army and Navy Journal", la más autorizada tribuna, en la que los técnicos del arte de la guerra discutían las teorías ajenas y exponían las propias. Sir Thomas Stimpson había promovido un gran

escándalo. Dió la voz de alarma señalando la insuficiencia de las corazas. "Las corazas—dijo—son una ridícula ficción que cubre sólo los intereses de los fabricantes de acero. Nuestros buques son perfectamente vulnerables. Dieciséis, veinte pulgadas de blindaje, no sirven para nada. Como placas de blanda cera cederán ante la presión de los modernos explosivos. Esto lo saben los fabricantes de acero, y lo que es más grave, el Almirantazgo, y, sin embargo, siguen construyendo acorazados".

Así escribió Mr. Stimpson. Se produjo una vivísima polémica; hubo acusaciones graves. Mr. Stimpson se vió procesado y se le acusó de haber revelado secretos que afectaban a la defensa nacional. El ingeniero fué expulsado de la Wicker, pero no cedió en su campaña. Por el contrario, la hizo más violenta.

"¿Quiere usted decir que Inglaterra está indefensa?"—le preguntaron desde un periódico.

"Eso digo—replicó el ingeniero—, y es más, afirmo que sólo yo poseo el secreto del porvenir; que sólo yo puedo demostrar cómo el más grueso blindaje se deshace ante el poder de ciertas materias explosivas, hábilmente combinadas."

Le tuvieron por loco. Llovieron sobre él chacotas. ¿Estaba loco el ingeniero Stimpson? Por lo menos era un hereje que aspiraba a trastocar los términos del arte militar. Proclamaba la superioridad definitiva del explosivo sobre la coraza. La vida de Stimpson se vió amenazada. Le desataron sus nervios.

—El gran explosivo a que alude Mr. Stimpson es el whisky—dijo un foliculario a sueldo de los fabricantes de acero—. La frase hizo gracia. El ingeniero parecía confirmarla. Pocas veces hablaba, y cuando lo hacía era bajo la influencia del alcohol.

¿Qué había descubierto en el secreto de su laboratorio de la Wicker? ¿Qué le había revelado un frío pedazo de acero sometido a su investigación? El dió el grito de alarma, pero, al verse atacado sin piedad y perseguido, se replegó en sí mismo.

Pero algunos creían en él. Creían en él y le espiaban.

Y esta tertulia del Claridge era un cerco puesto al ingeniero.

Acaso, alguna vez el whisky hiciera el milagro de levantar una punta de aquel velo que cubría el misterio de su polémica y su salida de la Casa Wicker. Mr. Heart le auxiliaba económicamente. Por su influencia colaboraba en varios periódicos y su firma seguía cotizándose. Mr. Hiro-Yama le brindó colaboraciones en periódicos japoneses, y la señorita Ronsard solicitó su amistad. Doblaban ya la mitad de la vida humana el ingeniero. Cabellos grises orlaban su frente rubicunda. Entraba en el otoño, pero la mano de la señorita Ronsard le ofrecía la mentira de una primavera.

—Me explico que usted no crea en la guerra, porque no la quiere. ¡Nunca creemos aquello que no queremos!, señorita Ronsard—dijo el ingeniero—. Usted, Mr. Hiro, sí cree en ella, porque la quiere.

—No; no la quiero, pero no la temo. Si no temer es querer, pudiera usted tener razón.

—Ninguno la quiere, pero todos caminan hacia ella.

—Y en ella se encontrarán.

—Mister Heart y yo formaremos un frente de paz contra los belicistas.

—¡Un frente de paz! ¿Ve usted, señorita Ronsard, cómo aún para ese propósito emplea usted un término bélico: un frente, es decir, la inminencia de una batalla.

—Y, sin embargo, por el camino de la guerra llegaremos a la paz, no

definida como una pausa entre un pasado y un futuro de combates, sino como un justo estado de la humanidad.

—¿Otra vez la edad de oro?

—Que será sin oro, precisamente.

—Y sin acero.

Sonrió Mr. Stimpson, y dijo:

—No olvide, Mr. Hiro, que si el acero desaparece es por efecto del explosivo que le desintegra, que rompe fulminantemente la solidaridad de sus átomos.

—Ese es el gran secreto que usted guarda—objetó, riendo siempre, la señorita Ronsard.

—Con la misma fidelidad que ustedes guardarán otros secretos.

—¿Secretos?

—No serán de amor, que son los que cuadran a nuestra linda amiga—objetó Mr. Heart.

—¿Y por qué no de amor? Un hombre que habla siempre de aceros, de cementado, de térmica, de resistencia, de empuje, alguna vez puede sentirse poeta. Ahora escribo mucho. Salí de la esclavitud del laboratorio y he entrado en la de las Letras. La imaginación es mi tirana. Mañana os daré una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Sí; leed el "Sunday Times".

—¿Un artículo técnico, Mr. Stimpson?

—Es la reseña de una partida de tennis hecha por un crítico de guerra que ve jugar a un asiático y a una europea. Es una fantasía...

—¿Que se refiere a nosotros?

—Vosotros representáis a vuestras razas. Todo lo europeo de una Europa actual, blanda, encantadora, femenina, frívola, como el deporte, está en usted, señorita Ronsard. Ansia está en usted. Mr. Hiro. Bajo su aspecto de gentleman veo al bushido. Su raqueta la evoco como una esgrima de samuray.

INSTITUTO DE TRAUMATOLOGIA Y RECUPERACION FUNCIONAL

ASISTENCIA DE ACCIDENTES
EQUIPO QUIRURGICO PERMANENTE
INCAPACIDADES ♦ SECUELAS DE GUERRA
ORGANIZACION PARA TODA ESPAÑA

DIRECCIÓN: MADRID

ESPALTER, 2. - Teléf. 29749

SERVICIOS SANITARIOS

SANATORIO SALAMANCA M. de Molina, 44. T. 56547



los demás productos de esta marca cuya vuelta todos deseamos

Máquinas de escribir y sumadoras
MERCEDES

Los nuevos modelos de las sumadoras MERCEDES, última creación de la importante fábrica MERCEDES de Alemania, llegarán en breve, lo que me es grato avisar a nuestra estimada clientela.



Pidan informaciones a la representación:

OTTO HERZOG NUÑEZ DE BALBOA, 13

TELEFONO: 51.914

ANTONIO GONZALEZ

INSTALACIONES

COMERCIALES

TELÉFONO 29749

M A D R I D

—¿Y la partida?

—Es una fantasía.

Apuró Mr. Stimpson un vaso de whisky.

—Sí, una fantasía. La partida que relato en mi artículo es una fantasía. ¿No os he dicho que la necesidad me ha hecho poeta? Figuraos que digo que empatasteis y que al final os amabais, y que en el juego-lucha el amor disparaba sus flechas en las raquetas. ¿Qué os parece, mister Hiro?

Hiro-Yama se inclinó, sonriendo.

—A usted, señorita Ronsard, no le pregunto nada hasta que lea mi artículo.

Mister Stimpson apuraba entonces su séptimo whisky.

Hiro-Yama sorbía lentamente una taza de te.

Sobre una delgada lámina de papel de estaño, envoltura de "Abdullah" perfumados, la señorita Ronsard se entretenía en hacer taladros con la lumbre de su cigarrillo.

—¡Vea, vea, Mr. Stimpson, hago ensayos de fuego sobre los blindajes!

—Y mi teoría se confirma...

—¡Todo es relativo!—replicó gravemente Hiro-Yama.

La linda mano de la señorita Ronsard seguía jugando con el leve fuego perfumado y grato de su cigarrillo oriental, que su golosa boca acariciaba.

Otros fuegos estaban encendidos en torno a ella. En llamas de alcohol se asomaban a los ojos de Mr. Stimpson. En veladas fosforescencias oblicuas estaban en el rostro impasible de Hiro, y bajo el monóculo de mister Heart se hacían chispas de recelo.

Sobre la alfombra del Claridge, el ejemplar de "The Times" yacía olvidado, con sus sesudas reflexiones encaminadas a dar consejos a todo el

mundo. Sobre el artículo vino a caer el papel de estaño, acuchillado de minúsculos impactos.

CAPITULO VI

LA "TETRANIHILITA"

Eran los últimos días de agosto de 1939. Aún se aferraban muchos a la idea de que la guerra era imposible. Sin embargo, el pesimismo alcanzaba a todos. Prólogo de la gran guerra de las armas, había empezado la guerra de nervios. Aquel grupo que conocimos en el hall del Hotel Claridge se había dispersado. Yama-Hiro comprendió que su misión en Londres había terminado. ¡Y terminado felizmente!

—¿Crees tú que aquel artículo de Stimpson tenía alguna clave?

—Podría afirmarlo ahora. Mister Stimpson sospechaba de ti y de mí, y en torno a nosotros creó un símbolo.

En un pequeño coche, Yama-Hiro y la señorita Ronsard dialogaban, en tanto el paisaje urbano de la Whitehall se escurría, vertiginoso, por los flancos charolados.

Yama-Hiro regresaba del Almirantazgo. Allí había hecho sus visitas de despedida. Antiguos compañeros de estudios le estrecharon la mano. Yama-Hiro había sido oficial de la Real Armada Británica, y no quiso dejar las Islas sin saludar a aquellos compañeros. ¿Qué les reservaría el porvenir a unos y a otros? Era inminente una hora en la que se enfrentarían. Iban a jugar limpiamente, con armas mortales, el destino de sus Patrias y sus Razas. Se comprendían al despedirse, sin rencor y sin odio personal. Sobre todos los afectos humanos, el deber. Recordaba Yama-Hiro aquellas escenas en las oficinas del Almirantazgo,

cerebro y corazón de la gran flota británica, dueña de los mares.

—Y tú, ¿marchas también?—suspiró la señorita Ronsard—. Yama-Hiro, aferrado al volante, apenas miraba a su compañera. Sintió junto a él la dulce presión del cuerpo de la muchacha.

—¿Volveremos a vernos, Hiro?

—Si un día se hace la paz, ¿qué duda cabe?

—Hacer la paz... Es decir, ¿que antes hemos de hacer la guerra?

El coche llegaba a King Edward Street. El gran edificio central de Comunicaciones elevaba su masa arquitectónica imponente en aquel espacio de la City, congestionada por el tránsito de miles de vehículos. El inmenso Londres hervía. Yama-Hiro y la señorita Ronsard entraron en el edificio. Momentos después, unos sencillos cables quedaban depositados. Yama-Hiro comunicaba a Tokio su próximo regreso. La señorita Ronsard hacía el mismo anuncio a unos parientes residentes en Amsterdam. El telegrama de la señorita Ronsard fué recibido con alegría. La central de espionaje soviético sabía muy bien el valor que debía darse a aquel despacho sencillo impuesto por una joven deportista en la oficina de Comunicaciones de Londres...

Aquella tarde había llegado el "Asia Maru" a Tokio. El hermoso buque aún no había acabado de desembarcar su pasaje, cuando el Coronel Yamamoto recibía a su hijo en el despacho que ocupaba en el Ministerio de Marina.

—Regresaron también tus hermanos. La hora grave ha sonado—le dijo al recibirle.

—Yo he cumplido mi misión—dijo lacónicamente Yama-Hiro. De una gran cartera de cuero extrajo una

carpeta. La abrió y la mostró al Coronel. El álgebra hablaba allí su misterioso lenguaje. El Coronel Yamamoto se inclinó, ávido, sobre las fórmulas y diagramas que le mostraba su hijo.

—¿Estás seguro?

—Este es el gran secreto de sir Thomas Stimpson.

—¿Y sólo tú lo posees?

—¡Sólo yo!

El Coronel consultó unas notas.

—En Amsterdam —dijo— se ha recibido un informe muy parecido a éste en la oficina central del espionaje soviético.

—Pero ese informe de la señorita Ronsard es incompleto. Yo mismo ayudé a cursarlo. Es una fórmula incompleta.

—¿Y Stimpson?

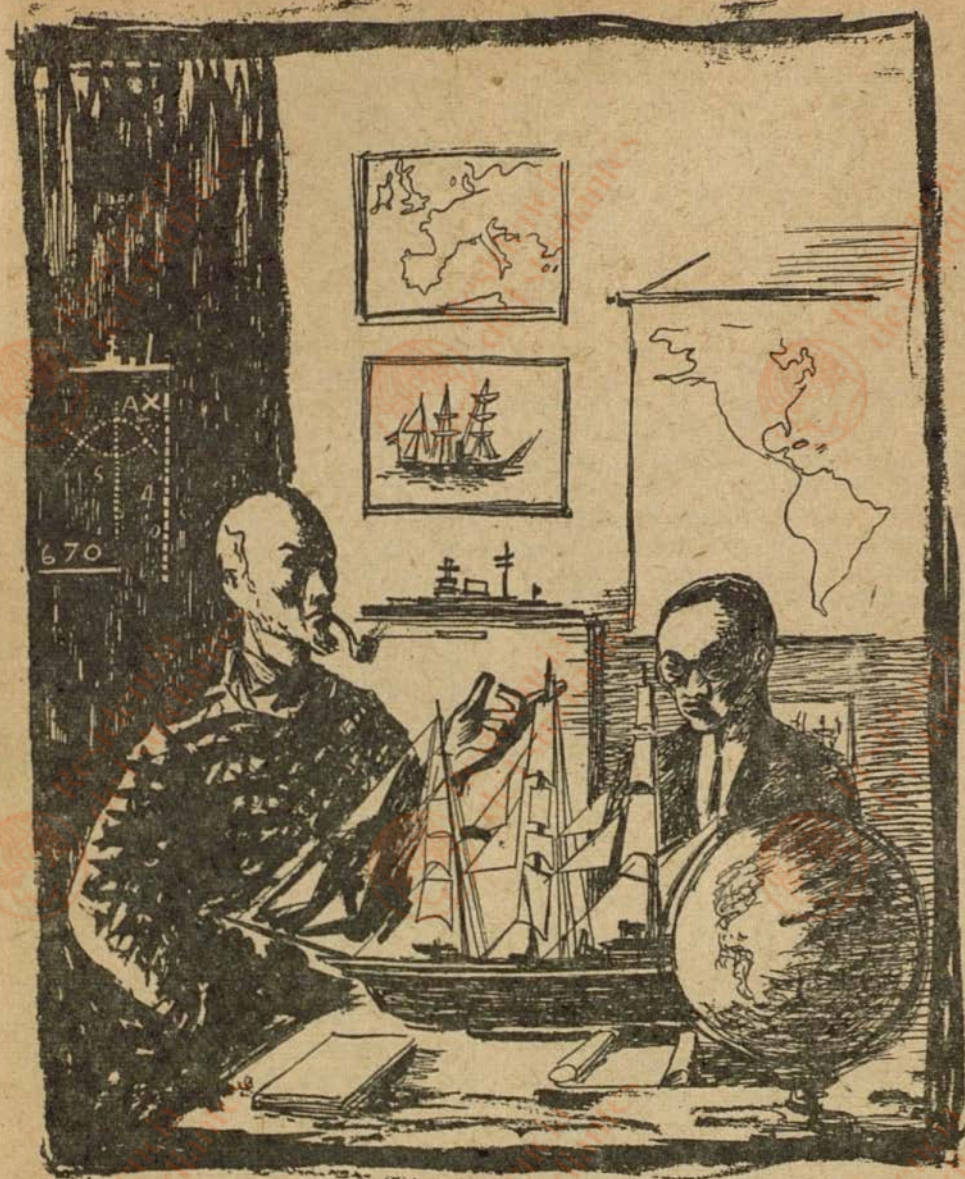
—Nadie le da crédito. En Inglaterra sólo creen en la eficacia de la coraza. Los intereses de la gran industria del acero han destrozado a Stimpson. Su descubrimiento nos pertenece...

—Tarde despertará Inglaterra.

—Despertará con los explosivos de Stimpson...

—Cuando estallen contra las corazas de sus buques de batalla.

Otra vez reunidos los cuatro hermanos venidos al hogar paterno desde las ciudades de Europa y América que le ofrecieron, abiertas a sus investigaciones, los secretos del buen y mal vivir de la sociedad occidental. Allí estaban Sujino, en cuyo espíritu influían las enseñanzas del mundo germánico; Nomura, cada día más enterado en su especialidad de biólogo; Yuko-Hito, para quien los negocios ofrecían toda la clave de las guerras, y Tsuboi, estudioso observador de las leyes que determinaban el progreso del mundo occidental. En



El Coronel Yamamoto recibía a su hijo en el despacho...

edad de rendir a la Patria el supremo servicio de morir por su grandeza, acudían más que por consigna, por instinto, a empuñar las armas, oficiales voluntarios de la Marina Imperial.

Yama-Hiro estaba sentado frente a su padre. En torno a la mesa del despacho, los otros hermanos se agrupaban. Hubo un largo silencio. Las miradas de todos se concentraban en aquella carpeta que Yama-Hi-

ro habría pausadamente. Los dedos finos y pequeños, tallados en cera amarilla, mostraron los gruesos paños blancos. Manipuló con unos ácidos, y, dosificados, los mezcló. Luego, con un pincel de sedosos pelos, fué cubriendo las hojas. Cinco minutos después, estaban allí, nítidos y claros, los signos algebraicos de una fórmula. Era la "Tetranihilita", el explosivo descubierto por Stimpson.

Yama-Hiro habló así:

—Vamos a estudiar la composición de la "Tetranihilita", cuatro veces la nada... La nada a que quedan reducidos los aceros mejor caldados en Sheffield, cuyos átomos desaparecen fulminantemente... Si una vez puede producirse la nada, ¿a qué cuatro veces el poder destructor? ¡Pero es así cómo se ha revelado el tremendo poder del explosivo! Veamos:

Stimpson partió en sus investigaciones de este principio: sustituir la materia inerte que es vehículo de la dinamita, para que todo su volumen fuera poder destructor. La tierra negra, de infusorios, que hace manejable la nitroglicerina, debía sustituirse por otra materia, con poder absorbente como ella, pero que no fuera inerte, sino tremendamente dinámica, aún más destructora que la misma nitroglicerina. Asociar a ella otra materia explosiva, era la cuestión. Y surgió la idea diabólica de emplear el carburo de calcio, debidamente tratado por el horno eléctrico. Así se obtenía un producto superior a la trilita, y aún a la misma tetranitronaftalina, el explosivo más poderoso que hasta ahora habíamos conocido. Aplicar el poder fundente del acetileno asociado al efecto explosivo de la nitroglicerina, ése era el propósito de Stimpson. ¡Y lo consiguió!

—¡He aquí la fórmula!—exclamó, triunfante, Yama-Hiro.

Estaban allí las indicaciones terribles, expresiones de la asociación de átomos, capaces de destruir a la materia inerte bajo los efectos del calor y el choque, como el rayo mismo que desgaja montañas.

Redoblaron la atención los oyentes. Era el gran secreto despreciado en Occidente, el secreto que podía hacer poderoso a su pueblo.

—El acetileno, disuelto en acetona, es altamente explosivo. Aplicar esta potencia a la gelatinización de la nitroglicerina, del colodión y de la piroxilina, es aumentar hasta límites que no pueden medirse el poder del explosivo. Y si esto es así, ¿qué sería la aplicación del carburo vivo en sustitución de las tierras de infusorios? Tal es el principio en que se basa la "Tetranihilita". Según esta fórmula, se desarrolla un calor superior a los mil grados. Ni el horno eléctrico más fantástico lograría otro tanto. La licuación del acero es instantánea. En cuanto al choque, sobre cada milímetro cuadrado actúa una presión superior a los mil kilos, y la velocidad perforante pasa de los doscientos metros por segundo, con energía superior a mil tonelámetros. ¿Qué blindaje puede resistir los efectos de la "Tetranihilita"?

Indudablemente se hallaban todos ante un gran secreto. El explosivo aniquilador de las más fuertes corazas estaba allí, en aquellas fórmulas, pero...

CAPITULO VII

LA SOMBRA DEL TENIENTE YOKOO

La sección técnica del Almirantazgo imperial hizo la misma observación que el Coronel Yamamoto. En efecto, se hallaban ante una diabólica fórmula. Todo el fuego que era razón del Cosmo, se encerraba allí.

Los aceros más espesos y duros se fundirían en aquella combinación del acetileno y la nitrocelulosa, pero ¿cómo manejar aquel explosivo?, ¿cómo llevarle hasta la coraza enemiga? Este era el problema. El Coronel Yamamoto había cortado, grave e imposable, la entusiástica exposición que hacía su hijo, Hiro-Yama:

—Ciertamente poseemos un arma terrible con esa fórmula que nos proporcionas, ¿pero cómo emplearla? Este problema no se alcanzó a mister Stimpson. Si una gran chispa de la materia ígnea se desprendiera del sol, fulminaría la más gruesa coraza que los hombres pudieran fabricar, aunque tuviera un espesor de centenares de metros, ¿pero cómo conducir dócilmente un pedazo de fuego solar, fundidor de metales, hasta el objetivo? ¿Cómo hacer manejable la "Tetranihilita"? La simple fricción que el proyectil sufre en el ánima del cañón o el torpedó en el interior del tubo, provocaría su estallido. Proyectar la carga de "Tetranihilita" contra la coraza de los buques de batalla, era la cuestión.

Fué entonces cuando la memoria del Teniente Yokoo, el héroe de Puerto Arthur, cruzó luminosa. Llevarla a mano, con decidido sacrificio de la vida, era la misión del torpedista, submarino o aéreo.

Al norte de la isla Formosa existe la gran bahía de Kurunto. Aquella bahía no había tenido nunca valor militar. Sólo unos pescadores chinos la visitaban de vez en vez, y los barcos pasaban siempre lejos de aquel litoral desierto. ¿Quién podía pensar en la bahía de Kurunto?

En ella se hicieron unas grandes excavaciones, revistiéndose de cemento las paredes. La excavación fué agrandándose, hasta convertirse en

un pequeño astillero. En su centro se hizo una excavación más profunda. Cuando se estuvo bajo el nivel del agua, se trazó un canal para comunicar con el mar. Era la entrada submarina, oculta a todas las miradas, por la que saldrían al océano unos diminutos submarinos bipersonales.

Más de trescientos obreros especializados fueron llegando desde la base naval de Sasebo, de tan ilustre memoria en los fastos del Imperio japonés. Cuando terminó el año 1939, en la ensenada de Kurunto, apenas perceptible entre los acantilados, una gran factoría subterránea trabajaba día y noche.

Toda la población obrera y los técnicos vivían reclusos severamente. Su existencia estaba ignorada, y tan severo era el secreto, que ni aún los jefes de la Marina conocían la existencia de la factoría militar de Kurunto, aparte de algunos, muy pocos, del Alto Estado Mayor. Había un gran laboratorio químico; unos hornos eléctricos, alimentados por una instalación especial de turbinas que recibían su fuerza de un improvisado salto; había unos hornos que día y noche trabajaban con las cargas más altas, y una completa instalación de modernísimos aparatos para el análisis de aceros.

El Almirantazgo había designado al Coronel Yamamoto jefe de la oculta factoría. De tarde en tarde, un transporte militar echaba el ancla ante la ensenada de Kurunto, y llegaban a tierra motores y piezas especiales traídas de los grandes astilleros y de las enormes fundiciones que en el Japón trabajaban para la Marina. Ni la clausura más recoleta de un monasterio guardó nunca tan secreta y apartada la vida de los monjes, como el amplio subterráneo de Formosa guardó a aquellos trescientos hombres misteriosos.

Al fin, un amanecer de agosto de 1940, se abrió el canal subterráneo. Por él salieron a las aguas del mar Amarillo cinco pequeños submarinos. Diríase cinco delfines, cinco tritones de acero que cabalgaban sobre la espuma. En el confín del horizonte, unos torpederos con la bandera del Sol naciente acotaban un gran polígono. En el instante en que los cinco submarinos acabaron de entrar en el mar, dos hidroaviones se divisaron en el cielo, y con perfecta maniobra tomaron agua en el centro del polígono. Una lancha a motor salió detrás del último submarino y fué a buscar a los "hidros". En ella iba el Coronel Yamamoto. En los "hidros" venía la comisión del Almirantazgo.

La primera serie de submarinos bipersonales se llamaba "Yokoo", serie que se honraba con el nombre del héroe de Puerto Arthur. ¿A qué tremendas misiones estaban destinados aquellos juguetes que por primera vez veían la luz del sol y recibían la ruda caricia de mar?

¿Se había conseguido hacer manejable la "Tetranihilita", y eran aquellos peces plateados sus portadores?

Yamamoto subió a uno de los "hidros", portador de una gruesa cartera. Se cuadró ante el Almirante jefe de la Sección Experimental del Ministerio.

—Felizmente, y para gloria de Su Majestad Imperial y de la Patria, han terminado los trabajos. La serie de sumergibles "Yokoo" se ha construido en el mayor secreto y han sido botados en el lago interior de la factoría subterránea. Hoy, por primera vez, salen a las aguas de Kurunto.

—Gracias, Coronel Yamamoto. Usted y sus hijos, como todo el personal técnico que el Almirantazgo le

asignó, habéis cumplido vuestro deber. Veamos si el cielo ha premiado vuestros trabajos.

—Así lo espero, almirante Kuroma.

—Sea por la gloria del Imperio, Coronel.

—Sea como en los días de Puerto Arthur y de Thisma.

Aquellos hombres se estrecharon la mano. La sombra del Teniente Yokoo, precursor de sacrificios, emergía de las aguas, como un dios tutelar del Japón.

—Puede comenzar la experiencia —dijo el Almirante.

Entonces, el Coronel Yamamoto fué explicando a la comisión cómo se habían construido los cinco primeros submarinos bipersonales. Cada uno portaba dos torpedos con carga de "Tetranihilita". Podían burlar las redes más sutiles. Sus pequeños motores diríanse aparatos de relojería, sin ruido casi. Llegaban silenciosos, sobre seguro, y suavemente impulsaban la terrible carga. La experiencia de aquel día tenía una doble importancia. Se iban a probar el explosivo nuevo y el medio de hacerlo llegar hasta los blindajes.

El Coronel Yamamoto ocupó su puesto en el hidroavión de mando. Por radio comenzó a dar unas órdenes precisas.

Por el canal avanzaron cinco barcas que remolcaban otras tantas enormes boyas. El Coronel explicó:

—Son esferas de acero hueco. Sus paredes tienen un espesor de veinte pulgadas, y están cementadas y templadas según la fórmula de Wicker. Representan el blindaje de los acorazados más poderosos, y por su resistencia son superiores a las protecciones del "Príncipe de Gales" y del "Jorge V".

Veremos cómo maniobran los submarinos torpederos y cómo opera la "Tetranihilita".

A lo largo de la bahía de Kurunto fueron fondeadas las boyas.

Los cinco submarinos recibieron las órdenes por radio desde el "hidro" almirante.

En cabeza iba el que conducía Hiro-Yama. En los otros cuatro iban sus hermanos. Cinco mecánicos especializados fueron instruídos en el manejo de los motores de la nueva arma. El interior de los submarinos era una reducción a escala de los grandes sumergibles. Pero allí todo era bello en su graciosa pequeñez. El comandante era el torpedista, observador y piloto. El mecánico sólo atendía a los motores y a la materialidad de disparar los tubos lanza-torpedo. Lo demás quedaba a cargo del comandante, incluso el manejo de la radio.

El coronel, impasible, comenzó a ordenar las maniobras de inmersión y emersión. Los cinco submarinos, como guiados por resortes, realizaron todos los ejercicios previstos de marcha y maniobra a diferentes profundidades. La comunicación por radio se mantenía perfecta.

—Ahora—dijo el almirante Kuroma—probaremos la eficacia de los nuevos torpedos.

El coronel Yamamoto se inclinó hacia el micrófono y dijo:

—3—A. 3—A. F.—T.

El submarino "Yokoo A"—el que comandaba Hiro-Yama, que se hallaba sobre el agua, brillante su casco mojado, se sumergió en tres segundos.

—¡Viva el Emperador!—recogió, rotundo el amplificador. Era Hiro-Yama que se disponía a atacar.

Nada denunciaba la rápida marcha del submarino bajo el agua, y eso que aparatos especiales observaban. Iba, con agilidad de tiburón, nadando seguro hacia el primer objetivo.

La gran esfera de acero se balanceaba en el angua tranquila, sujeta al fondo de la bahía por un gran ancla. Todos los gemelos se concentraban en ella.

—Atención al primer objetivo—dijo el coronel Yamamoto.

Una luz vivísima, más fuerte que la del sol, deslumbrante, cegadora, que dilató cruelmente todas las pupilas, surgió allí donde se veía la media esfera de la gran boya de prueba. Dos paredes, de veinte pulgadas de acero cada una, acababan de ser licuadas, fundidas como por un rayo. El torpedo de "Tetranihilita" acababa de ser disparado por Hiro-Yama. Cien toneladas de acero se habían pulverizado.

El submarino de Hiro-Yama acaba de surgir, cumplida su misión. En la fina antena ondeaba el pabellón del sol naciente. Saludó. Rígido, firme, siguió cabalgando sobre su reluciente tritón. Firme en la torrecilla, se alejaba...

—3—B. 3—B. F. T.—ordenó el coronel Yamamoto.

El submarino pilotado por Sujino partía a cumplir su misión.

En quince minutos quedaron destruídos los enormes blancos. Un operador cinematográfico iba recogiendo todos los incidentes de la maniobra.

Los buzos descendieron luego al fondo de la bahía. Trozos de acero fueron cuidadosamente recogidos.

El almirante Kuroma, una hora después, estrechaba la mano de Sujino, Nomura, Yuko-Hito, Tsuboi y Yama-Hiro, oficiales de la Armada Imperial.

Al mes siguiente se reunía el Almirantazgo en sesión extraordinaria y secreta. El almirante Kuroma comenzó a leer el informe en el que

minuciosamente se detallaban las pruebas realizadas en la base secreta de Kurunto.

El almirante concluyó con las siguientes palabras:

—Es así, únicamente así, como lo han ideado los hijos del coronel Yamamoto, convirtiéndose ellos en torpedos que acortan la distancia y dan el golpe fulminante sobre seguro, como únicamente puede manejarse la “Tetranihilita”. ¡Pero hay que avanzar guiados por la sombra gloriosa de Yokoo! ¡Sólo así, entre una luz más fuerte que la del sol, puede verse la victoria del explosivo sobre la raza!

CAPITULO VIII

“NOS, EMPERADOR DEL JAPON, POR LA GRACIA DEL CIELO...”

8 de diciembre de 1941. Lo inevitable y fatal. Todos aparentaban no creer y, sin embargo, creían en la guerra. Por creer en ella, se preparaban. Unos, con la soberbia que ciega y causa mortales estragos; otros, con el sacrificio constante de la preparación. La guerra surgió, rompiendo inopinadamente las conversaciones de Washington. El emperador Hirohito habló así:

—Nos, emperador del Japón por la gracia del Cielo, elevado al trono que pertenece a una dinastía ininterrumpida desde edades inmemoriales y eternas, hacemos saber a vosotros, nuestros leales y fieles súbditos, que declaramos la guerra a los Estados Unidos de América y al Imperio Británico. Los individuos y oficiales de nuestro Ejército y nuestra Marina harán todo lo posible para en sostenimiento de esta guerra; los agentes de nuestros diversos servicios públicos cumplirán con diligencia y fidelidad las tareas que les están confia-

das. La nación entera, con voluntad unida, movilizará todas sus fuerzas para alcanzar nuestros objetivos de guerra.

Enumeraba el emperador las causas que originaban el choque, y terminaba así:

“En semejante situación no ha quedado a nuestro Imperio para la defensa de su existencia otro recurso que el de las armas y el aplastar todos los obstáculos que se opongan en su camino.

Que los espíritus santificados de nuestros ascendientes imperiales nos protejan desde lo alto. Nos confiamos en la lealtad y el valor de nuestros súbditos y tenemos confianza en que la labor que nos ha sido legada por nuestros antepasados, para realizarla; en que las causas del mal serán extirpadas, y en que una paz duradera será muy pronto restablecida en el Asia oriental, para salvaguardia y gloria de nuestro Imperio.”

El Japón rompía el secreto de su fuerza. Vibraban las antenas de las emisoras transmitiendo el mensaje imperial, y, como las palabras, volaban por el océano los aviones dispuestos al ataque, y los submarinos interrumpían sus cruceros por el Pacífico, al parecer sin objeto, para concentrarse sobre las rutas de observación. Y el ataque fulminante se produjo.

Los pequeños submarinos de la serie “Yokoo” estaban en alta mar para cumplir la misión de ataque. El radio de acción de los diminutos sumergibles se hacía tan grande como era necesario al servicio, merced al empleo de los hidroaviones que actuaban como tanques nodrizas, proveyéndoles de combustible. En una hora, en un minuto y en lugar determinado, al mismo tiempo que las nubes se rompían y de ellas bajaba un gran hidroavión de cuatro motores,

emergía de las olas la torrecilla diminuta del diminuto sumergible. Se posaba el "hidro" y se hacía el aprovisionamiento, hasta que otra vez, con precisión cronométrica, se repetía la operación. Así, lejos de sus bases, a la vista misma de las enemigas, operaban los sumergibles nipones bipersonales, ignorados de todos los espionajes, invisibles a los reconocimientos minuciosos que, desde las bases escalonadas en el Pacífico, practicaban los cruceros y los "hidros" norteamericanos.

En el Almirantazgo imperial se leía, con unción religiosa, la vieja orden del almirante Togo. Ella inspiraría la alta estrategia. Ella era el númen guerrero del Japón: "En los combates hay que llevar siempre la parte ofensiva, no pensar en ponerse a la defensiva."

"Punto vitalísimo en la batalla es aplicar al enemigo lo que él puede aplicarnos a nosotros, llevarle siempre la delantera en la iniciativa, ganándole siempre de la mano."

El mar de la China, el inmenso mar Pacífico, toda la inmensidad de mares granados de islas paradisíacas, iba a ser teatro de fulminantes luchas. El Japón tenía que hacer frente a dos enemigos poderosos. La concentración de las islas Hawai amenazaba con todo el poderío militar de los Estados Unidos. Los grandes buques de batalla estaban presos en el encanto azul de los fondeaderos de ensueño. En torno a los grandes buques, en las aguas de transparencias, nadaban peces fabulosos, dorados, rojos, azules, de viva plata. De las vecinas florestas llegaban aromas enervantes. El cielo transparente y profundo, era una gloria de tibio sol marino en los días largos y en la noche un lujo de estrellas, con los soles limpios de la Cruz del Sur. ¿Qué

podían temer los grandes buques de aquel cielo, de aquellas aguas de Pearl Harbour? Estaban sobre sus anclas, dormidos al arrullo azul del mar, soñando a la caricia de los vientos. ¡Hawai! ¡Honoulú! Temas de fox, cancioncillas marineras, bailes y estruendo de jazz band. ¿La guerra? ¿Cómo se la figuraban aquellos angelotes rubios, rebosantes de una salud de raza privilegiada? Estaban allí sus enormes cañones. Las torres de fabuloso blindaje, los acorazados grandes como islas, bellos en su arboladura de acero. La guerra no podía ser más que un simulacro, un ejercicio de tiro. Displícitamente abrirían sus bocas los cañones de largo alcance. Dispararían sus salvas, y el enemigo quedaría aniquilado.

—Ejercicios de tiro, como en Cavite, como en Santiago de Cuba.

—Pero el Japón está preparado. Tiene también grandes buques de batalla.

—El Japón no es más que una serie de islas, agobiadas por el exceso de población. El Japón morirá de hambre en esas islas. Aquí, en la guardia del Pacífico, vigilarémos sus movimientos. Los destructores y cruceros avanzarán a Wake, o, acaso, hasta Guam. Si los acorazados japoneses se hacen a la mar, entonces entraremos en fuego, y estas islas de acero surcarán el mar. La escuadra acorazada es invencible.

Y otra vez una cancioncilla cortaba el diálogo. Entre los rubios marineros, el rostro atezado, rasgado en brillante blancura de dientes, de un marinero negro.

Y dormían, en los surgideros de Hawai los grandes buques de batalla, bajo pabellones de estrellas, unidas en la gran constelación geométrica de los Estados Unidos. Dor-

mían en aquel amanecer histórico del 8 de diciembre de 1941.

Inglaterra tenía el formidable apostadero de Singapur. Era su base mejor en los mares de Asia. El Imperio británico sabía que la guerra era inevitable. Premiosamente trasladó allí sus mejores navos de batalla, las que todo el mundo creía, vigilantes, sobre las rutas del Atlántico, donde su Marina mercante luchaba con los mil riesgos de la guerra submarina, cubriendo, con sacrificio sin cuento, un oscuro servicio de heroísmo diario para que las islas estuvieran abastecidas. La división de grandes acorazados de los mares de Asia había sido reforzada, para cerrar al Japón los caminos del mar.

El Almirantazgo japonés conocía los movimientos de la flota inglesa, con la misma exactitud que los de la norteamericana. ¿Qué secreto puede haber para los marinos japoneses? ¿Qué puede ocultar el mar a la mirada oblicua, tenaz, de un pescador miserable, chino, acaso, o coreano? Un miserable pescador, depauperado, de lastimosa presencia, comido por el sol, roído por las sales, tatuado por los ciclones, ¿no puede ser un oficial de Marina sometido voluntariamente a estado tan miserable?

El Estado Mayor de la Marina japonesa tenía organizado maravillosamente el servicio de información. Número y tonelaje de los buques enemigos, situación de sus fondeaderos, rutas de sus cruceros. Ni un minuto ni una milla tenía secreto para el mando, en toda la inmensidad de las aguas que separan Asia de América.

El plan de ataque quedó convenido. La declaración de guerra no era más que una formalidad, la hora para la que habían trabajado años.

La sección de ataque que manda-

ba el coronel Yamamoto se denominaba "Grupo de torpedos amarillos".

En los últimos meses se había perfeccionado la estructura de los submarinos bipersonales encargados de portar los torpedos de "Tetranihilita". Se habían repetido los ensayos y se habían simulado ataques a grandes unidades. Resultado de las experiencias, era que el ataque mejor era el combinado, lanzando torpedos desde el aire y desde el mar. El ataque de los "hidros" o la sola aparición de aviones en el horizonte, hace que la atención se concentre en ellos, abandonándose todos los servicios de observación.

Las piezas antiáreas entran en función vertiginosa. Miles de disparos mantienen sobre el buque una red protectora de fuego y proyectiles.

Cuando la atención del buque está en el ataque aéreo, el submarino puede avanzar sobre seguro, y colocar su destructor torpedo. Apenas si será sentido. El acorazado queda fulminado. Como hendidas por el rayo, se abren las planchas del blindaje. ¿Qué son veinte pulgadas de acero cromado para detener el efecto de una carga de "Tetranihilita"?

Así habían de actuar los "Torpedos amarillos", los de la serie "Yokoo".

CAPITULO IX

PEARL HARBOUR

¡Morir así! Así, sin combate, sin cruzar fuegos, mano sobre mano, cuando los ojos están llenos de la maravilla de un amanecer, cuando el sol se ha levantado sobre las aguas verdes, que apenas tienen temblor de despertar; cuando la vida canta en una aurora de paz, sobre el inmenso mar, sobre las islas que son cestillos de flores y frutos ofrendados a las



El coronel Yamamoto volvió a actuar en el pulsador del tablero...

neréidas esbeltas y cobrizas, ¡cuando todo invita a un enervante vivir sin pena, qué triste es morir, en súbito tránsito, y entrar en la nada como por virtud de un truco de película!

Allí estaban los grandes acorazados. Los cañones tenían enfundadas sus bocas; las chimeneas no alzaban ni un penacho de humo. En los limpios sollados dormía la marinería

confiada. Sólo los oficiales de cuarto velaban en los puentes. Sólo los radiotelegrafistas estaban en sus guardias. ¿La guerra? ¡Bah, la guerra! La presencia de Nomura en Washington era un seguro de paz. “Es la paloma que lanzan los japoneses desde sus arcas, que tales son sus islas, para ver si vuelve con un ramo de oliva en el pico”, había dicho un cronista. “Pero los Estados Uni-

dos son los dueños del mar Pacífico, y sólo puede haber una paz al dictado de Washington”...

Esta era la creencia.

Y, en último término, ¿no estaba allí la gran escuadra, los acorazados de 35.000 toneladas, que llevaban en sus amuras orgullosas los nombres de los Estados, fuertes y poderosos, como dioses de la guerra? ¿Quién podría cerrar el paso a aquella escuadra cuando levase sus anclas, dejase atrás los tranquilos surgideros de las Hawais e hiciera rumbo a las costas japonesas para castigar sus ciudades con el fuego de los cañones de 35 centímetros?

—¿Pero qué decía la radio? ¿Qué mensaje era aquel?... “Nos, emperador del Japón...”.

—El Japón se ha hecho el “hara-kiri”—fué el comentario.

Ya volaban aquel amanecer histórico, volaban al par de las ondas que llevaba el mensaje de guerra, los aviones que iban a nublar el cielo de Pearl Harbour, y bajo las aguas tranquilas, asustando a los peces dorados que despertaban en la azul y transparente pecera de Honolulu, navegaban los “Torpedos amarillos”, con sus motores silenciosos.

Yuko-Hito, Nomura, Tsuboi y Sujino, con sus mecánicos respectivos, iban a la gran aventura inicial de la guerra. Navegaban a poca profundidad, manteniendo el contacto con los aviones por medio de la radio.

Habían llegado a la rada de Pearl Harbour. Deshicieron la formación de marcha, y cada uno buscó un blanco. Estaban allí las grandes naves de batalla. Las reconocieron. El agua era una transparencia verde. Apenas el sol fué alzándose, el azul del cielo se comunicó a aquellas aguas maravillosas. Tres silbidos cortos, seguidos de uno largo, emitió la radio del avión del comandante. Era la clave conve-

nida, la señal de ataque que el propio coronel Yamamoto daba a sus hijos desde el aire.

—Por la gloria imperial del Japón, ¡al ataque los “Torpedos amarillos”!

Cuatro grandes acorazados estaban allí. Cada submarino escogió su blanco. Había que llegar hasta los mismos cascos para que el ataque surtiese efecto decisivo, para que los torpedos de “Tetranihilita” fundiesen las corazas, como en el horno eléctrico se produce la fusión.

Los aviones fueron descubiertos. Era lo previsto. Comenzó a nublarse el tranquilo cielo. Las piezas antiáreas elevaron sus surtidores de metralla.

—¡Aviones japoneses! ¡Bah, aviones! Ya despegaban de la cubierta del “Lexington” los aparatos norteamericanos para entablar combate.

El coronel Yamamoto volvió a accionar en el pulsador del tablero de mando. Desde cinco mil metros observaba. Bajo las aguas, precisos, acercándose a los acorazados, adivinó a sus cuatro hijos.

Otra vez, tres silbidos cortos, seguidos de uno largo, resonaron en los auriculares que Yuko-Hito, Nomura, Tsuboi y Sujino ajustaban a sus oídos.

¿Quién hablaba en aquella clave breve? Era la voz de los antepasados. Era el mismo cielo el que ordenaba:

—¡Por la gloria imperial del Japón! ¡Ataque!

Cuatro llamas vivísimas surgieron de las aguas, como si todo el fuego de los volcanes fuera alumbrar de pronto, y cuatro acorazados desaparecieron.

¿Qué guerra era aquella?

El mar, tranquilo, se encrespó en oleaje súbito. ¿Qué había ocurrido en Pearl Harbour?



Bajo las aguas, precisos, acercándose a los acorazados...

Los aviones japoneses se alejaban ya. El ataque había terminado.

Así, fulminante, inesperado, terrible en su brevedad, fué el episodio de aquella hora; mejor aquel minuto primero de la guerra en el mar Pacífico.

Más de cinco mil hombres habían perecido en un instante...

Los arrecifes perlíferos de las Hawái guardarán por siempre, cuajadas en sus valvas, unas perlas extrañas, con iris de ojos humanos. En los collares que luzcan futuras generaciones de hermosas damas, estarán aquellas miradas en el iris de las perlas. Miradas de los muertos en el estupor de aquella mañana del domingo 8 de diciembre de 1941.

CAPITULO X

CABO KUANTAN

Tierra fabulosa de ophir, Malaca opulenta de minas y bosques; Malaca, Quersoneso Aureo. Está en su península la clave de dos mares. Inglaterra moviliza su gran flota. Singapur, artillado con las piezas más modernas, y defendido con todas las protecciones, guarda en su rada a los grandes buques de guerra. Inglaterra envía allí sus mejores acorazados. De esta base partirá una de las flechas de ataque hacia el Japón. La escuadra ha franqueado el Estado de Sumatra y se dispone a entrar en el mar de la China.

Esto lo sabe el almirante japonés; pero ¿cuándo sir Thomas Philips dará la orden de zarpar?

Ha comenzado la guerra con el rudo golpe de las islas Hawái. Las bases de Wake y Guam son atacadas. Norteamérica va a perder los mejores jalones que clavó en el Pacífico para levantar en ellos el orgullo de su bandera. La amenaza se cierne ya, ro-

tunda, sobre las islas Filipinas. Apenas si han transcurrido setenta y dos horas de la declaración de guerra, y toda la inmensa área del mar Pacífico ha quedado por los japoneses. No; no es comprensible lo ocurrido en Pearl Harbour. El Almirantazgo yanqui adopta una explicable actitud prudente. Hay que estudiar los procedimientos de guerra del enemigo, hay que reorganizar la Escuadra, quebrantadísima por el tremendo golpe. Hay que reemplazar a aquellos marinos, los mejores y de más completa preparación, y disponer un nuevo orden de ataque.

"Golpe por golpe", gritan ahora los que se oponían a la guerra.

Pero, en tanto, el Japón sigue su plan, y de él son las ventajas indudables, aunque increíbles...

Ha llegado el momento de la acción para Inglaterra. Sir Thomar Philips ordena la salida de la Escuadra.

Se supone que la Flota japonesa estará lejos, más allá de Manila, y se emboca tranquilamente en el mar de la China.

Desprendidos de la isla de Singapur, los buques británicos bordean la costa oriental de Malaca para tomar altura sobre el mar de la China, rumbo oriente extremo, en cuyos mares piensan librar batalla.

¿Qué proyectil japonés podrá perforar la coraza del "Príncipe de Gales"? Mister Stimpson podrá convenirse de la superioridad del acero protector sobre todos los explosivos. El cataclismo de Pearl Harbour no podrá reproducirse, y, es más, no se cree en él...

Otra vez hemos de encontrarnos con el famoso ingeniero. Cada vez está más lejos de sus actividades facultativas. Ahora le absorbe el periodismo. La guerra le ha dado una personalidad nueva. Ahora es cronis-

ta. Los campos de Flandes le vieron en los primeros meses de la contienda, y la retirada de Dunquerque le tuvo como testigo. No quiere recordar sus campañas de otro tiempo. Su patriotismo le dice que hay que callar, que las corazas pueden ser vulnerables, que el acero se hace como de blanda cera ante la presión de un explosivo misterioso. A la sola enunciación del misterio, un químico puede desvelarlo, hallando la terrible fórmula que el indujo. Su país perdió una ocasión feliz para el arte de la guerra que siempre debe ser ofensivo. Hay una psicología del arma y otra del escudo. Hay que educar a los pueblos en la segunda e impregnarlo de ella. Para la actual generación inglesa, es tarde. Esto lo sabe mister Stimpson, corresponsal de guerra destacado en el Extremo Oriente, y que navega, en este día 10 de diciembre, por la costa oriental de Malaca, a bordo del "Príncipe de Gales".

Hay sobre el mar un vapor espeso. Sopla el monzón de Sumatra, aire cargado de vapor denso, que cala como una nube, que es pegajoso y asfixiante.

El mar está levemente rizado. Aún el viento no ha hecho saltar las olas.

La Escuadra inglesa comienza a navegar. Por babor, se escurre la costa. Van subiendo a lo largo del litoral de Malaca. A lo lejos, cuando el sol rompe, diríase que la costa es de estaño. De estaño, como las entrañas de los montes de Ophir. En ellos está una de las razones de la gran guerra comercial que late por bajo de todas las guerras militares.

¿Y Yama-Hiro?

Está destacado en observación del litoral malayo. Ha de vigilar la salida de Singapur y mantenerse sobre los

posibles rumbos de la Escuadra enemiga. ¿Atacar? ¿Observar, simplemente, el rumbo y comunicarlo? Tiene autonomía en su misión. A seis millas de Singapur, rumbo NE., se mantiene en observación. Durante la noche, el pequeño sumergible ha aflorado a las aguas malayas. Hay calma. Yama-Hiro lee en las estrellas. Enciende las lámparas de su radio. Quiere escuchar. El no tiene nada que transmitir. Calma en aquel mar, donde empiezan las aguas chinas...

El sumergible está a la deriva. Yama-Hiro dice:

—Oigamos.

Los motores están parados. Todo es calma, calma infinita. Se diría que el aire pesa. Y la radio habla. Es la voz de la patria, la que llega, alborozada, relatando el episodio de Pearl Harbour.

Los dedos de fina cera amarilla hacen girar la clavija del volumen hasta el máximo. Quiere que en aquella soledad se grite la gloria rotunda del Japón en aquel primer día de guerra.

Junto a él, rígido, cuadrado, su compañero, un muchacho de pálida figura, reprime su emoción. Están unidos en la gloria del sacrificio. Saben ambos a lo que van.

Yama-Hiro adivina el episodio de Hawai. Comprende su magnitud. Ve a sus hermanos llenos de gloria. Advierte el triunfo de los "Torpedos Amarillos".

Y cree escuchar la voz del padre, la voz de los antepasados, la del abuelo Hiramitau, la de todos los Caballeros de Satsuma, samurais que tenían el alma limpia y dura, como el acero del arma simbólica, en la que el japonés se mira. Cuando las estrellas se hacen más pálidas y van a desaparecer, Yama-Hiro cierra la escotilla. El submarino se sumerge, y toda el

alma del comandante se concentra en los auriculares.

Van pasando las primeras horas del día 10 de diciembre. La Escuadra inglesa navega. Sir Thomas Philips va a realizar una gran maniobra y busca situarse en posición conveniente. El espera encontrarse con la Escuadra enemiga. Fía en el alcance de sus cañones, en el blindaje invulnerable de su "Príncipe de Gales", sobre cuya cubierta, no ha mucho, estrechó la mano de Winston Churchill y de Franklin Roosevelt.

La Escuadra sigue su rumbo. A babor, lejos, en la línea brumosa del horizonte, como una nube parda caída sobre el mar, la mole de Cabo Kuantan, pico de una cadena rocosa.

Sir Thomas Philips navega confiado. En su rumbo acaba de cruzarse el diminuto submarino. ¿De dónde ha llegado el aviso?

Llaman al submarino. Dan la cifra del "Torpedo Amarillo". Yama-Hiro se estremece. Una pequeña lámpara eléctrica le ilumina. Mira a su reloj. Once de la mañana.

"Alerta, T. A.-5..." Una longitud, una latitud. Grados, minutos. Y la indicación precisa: Cabo Kuantan.

Y sigue emitiendo la radio de mando:

"Dos navíos de batalla, uno de 32.000 y otro de 35.000 toneladas se hallan sobre tu línea de crucero. Cierra el paso."

Yama-Hiro aflora apenas el periscopio. Reconoce el mar y el cielo. Aún no ha llegado el momento. Espera.

Mira otra vez al reloj: once y quince. Hay una bruma espesa que casi oculta a su vista la mole de Cabo Kuantan.

Sigue esperando. Muy alto, cree divisar un punto leve, por un rompi-

miento de las nubes, que filtran al mar un rayo de sol rojo.

Otra vez la radio:

"T. A.-5. Atiende. Prepara."

¡Preparado! Preparado siempre. La guerra no es más que un momento. Para él se trabaja años, siglos a veces. Si se pierde, se ha perdido una nación. El destino de una raza, acaso.

Yama-Hiro siente toda la terrible responsabilidad de su misión: ¡Atacar!

El periscopio sigue escrutando. El mar es una inmensa lámina de estaño. Todo lo llena una lechosa claridad. En ella divisa, de pronto, las dos grandes siluetas del "Repulse" y el "Príncipe de Gales". Y los buques disparan, rápidos. Han sido atacados desde el aire.

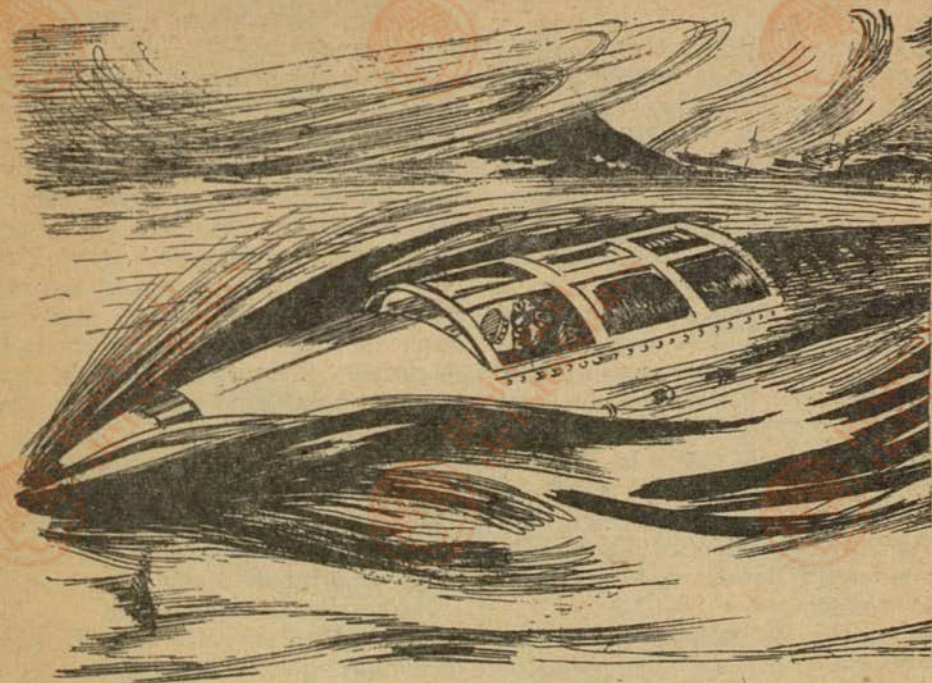
El reloj de Yama-Hiro señala las once y media cuando el submarino se interpone entre los dos grandes acorazados enemigos. Está solo para el ataque. No duda. La sombra de Yokoo le guía. La voz del padre le alienta desde el puesto de mando de un "hidro" que vuela a 5.000 metros de altura. Las piezas antiaéreas del "Repulse" y del "Príncipe de Gales" siguen en fuego furioso. Y como en Pearl Harbour, en el mismo centro de los buques, estallan los torpedos. Los torpedos seguros, terribles, que sólo pueden manejarse arriesgando la vida. Vuela deshecho el "Repulse". Yama-Hiro maniobra, apenas disparado el primer torpedo de "Tetranihilita". Ahora, al "Príncipe de Gales"...

En aquel momento le conmueven cien recuerdos de su vida. Recuerda a Togo, recuerda al "Worcester", en el que fué guardiamarina britano el gran almirante japonés. "En mis últimos treinta años de vida—escribió Togo—, hay un nombre que nunca he olvidado; éste es el "Worcester". Recuerda al bondadoso capitán Smith, de quien siempre habla Togo con ter-

nura, porque fué su maestro. Recuerda al padre Capel, profesor de matemática del héroe de Tsushima. ¡Inglaterra! ¡Ay, la Inglaterra sorda de ahora, que no quiere comprender cómo otros pueblos están en madurez y plenitud! Yama-Hiro recuerda a sus compañeros de otros días. ¿Cuántos de ellos irán en aquellos buques? No siente ningún odio personal. Defiende a su patria, va a disputar un pe-

bra en los timones de emersión. El submarino, en rápida vertical, encabritándose como un caballo de raza, salta de pronto sobre la superficie.

¡Ay, el "Príncipe de Gales"! La gran coraza está rota. Todo aquel prodigio de ingeniería naval es una montaña de hierros rotos que se hunde en la profundidad plateada de un mar brumoso. Disparan aún contra el cielo, como rechazando, locos, al te-



dazo de gloria a aquellos sus antiguos compañeros. Y la muerte juega sobre el leve rizo de las olas malayas. El Destino lo ha querido así.

Ya está junto al casco del "Príncipe de Gales". Siente resbalar ante su proa el costado del buque, que hiende el agua con un rumor de sedas rotas...

Un golpe a la palanca que guarda el último torpedo. Dispara y manio-

rible destino, los cañones antiaéreos. El coloso se resiste a morir. La banda de estribor besa el agua, que, en remolinos, anega sus entrañas. Los hombres van cayendo al mar por el plano de los puentes, en inclinación aguda. La bandera de guerra flamea. Aún disparan algunos cañones salvos de honor a su propia muerte.

Sobre el lugar donde se hundió el "Repulse" comienza a extenderse una

gran mancha de aceite que sube de los tanques rotos. Unos remolinos, unas enormes burbujas y, luchando con la muerte, unos hombres que caen por la Patria.

Ante ellos, Yama-Hiro—bushido, caballero—se descubre, y toda la terrible razón de la historia moderna—kilómetros cuadrados, hombres que quieren vivir—cruza por su cerebro, en el que chocan Oriente, sangre y nervio, y Occidente, filosofía y razón.

Aún flota el “Príncipe de Gales”. El gran acorazado se debate en la agonía. Ya no dispara. Sordas explosiones, seguidas de grandes llamadas, se producen. La quilla, partida por el “Torpedo Amarillo”, va a quedar al aire. Las hélices gemelas voltean aún, levantando jirones de espuma.

Yama-Hiro., desde el puente del “T. A.-5”, que es un juguete, apenas mayor que un delfín, contempla el espectáculo que llenará de duelo al Imperio británico. En la antena del submarino flamea ahora la bandera blanca, en la que el sol es como un enorme crisantemo rojo o como una dalia de fúnebre púrpura. La bandera de guerra japonesa se alza pregonando victoria.

Centenares de naufragos luchan por sostenerse a flote. Uno de ellos nada vigorosamente. Yama-Hiro le grita en inglés. Puede salvarle. Quiere hacerlo. El naufrago le ha oído. Se acerca. Sus manos se aferran ya al casco del sumergible. Yama-Hiro se inclina para izarle. Está cubierto de una espesa capa de mazú, medio ciego por la impregnación de aceite que sobrenada, saliendo del vientre roto del acorazado.

Yama-Hiro acaba de reconocer al naufrago y grita:

—¡Mister Stimpson!

El ingeniero tiene la ropa desgarrada.

Anchas heridas empiezan a abrirse en sus carnes y la sangre, espesa y roja, va cayendo.

—¡Mister Stimpson! — vuelve a gritas Yama-Hiro.

El ingeniero reacciona. Está erguido, transfigurado por el dolor.

—¡Venga, le curaremos!

Las manos de Yama-Hiro se extienden hacia él.

—¡No, gracias, mister Hiro!...

Aún flota en la popa del “Príncipe de Gales” la bandera inglesa. Va a sumergirse.

—No, mister Hiro... Usted lo comprenderá así. Yo no puedo sobrevivir a la derrota. ¡Mi bandera!

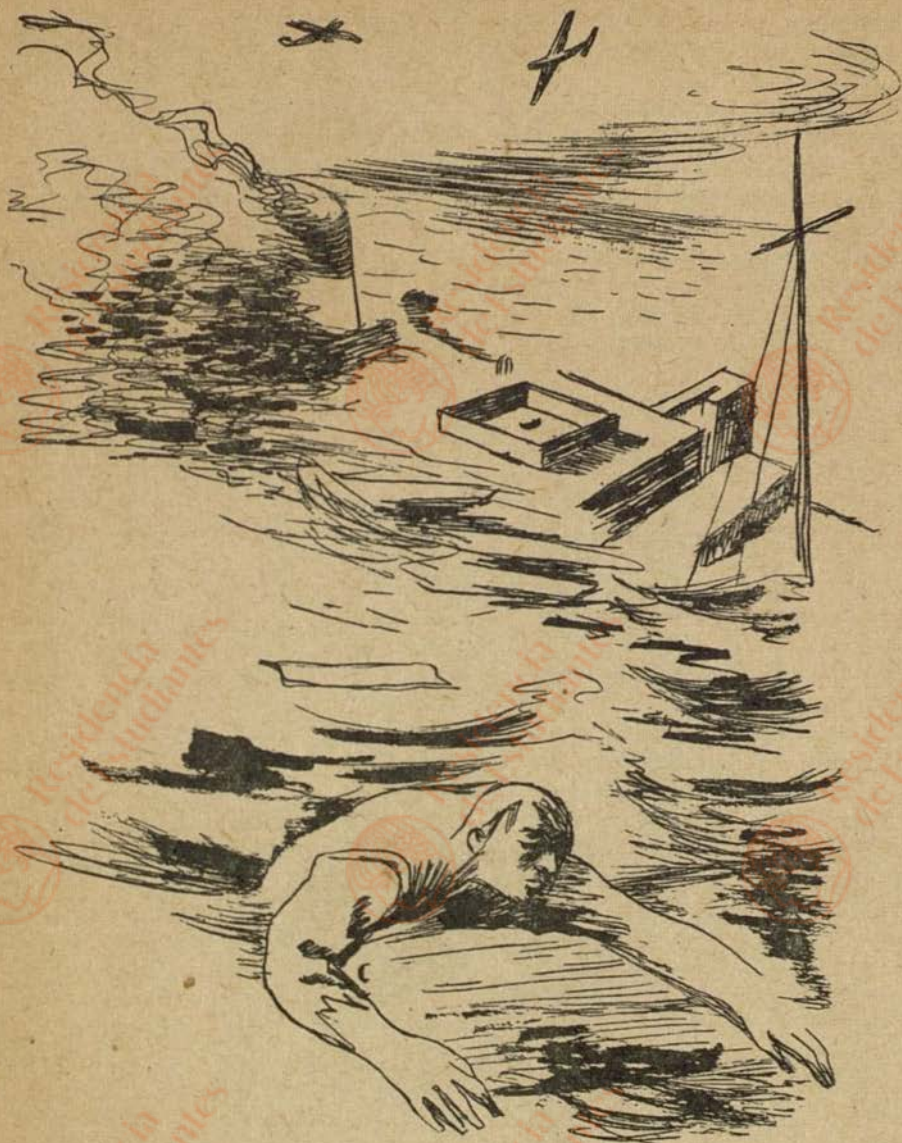
Hacia ella extiende las manos mister Stimpson, y, con gesto sereno, frío, gentleman, hace un paso hacia la muerte, renunciando a la vida del prisionero de guerra. En la cubierta del “T. A.-5” queda, como una gran rosa, marcada en sangre, la huella de mister Stimpson. Sobre el agua, también unos hilos sangrientos, temblando en azul de mar y blanco de espuma. Se diría la rota bandera del Imperio, caída en el agua de Cabo Kuantan, cuando aún no era mediodía, el 10 de diciembre de 1941, en la costa oriental de Malaca.

Nada quedaba que hacer.

Yama-Hiro se alejó. El “T. A.-5” navegaba sobre la superficie.

De la parte de Singapur llegaban unos aviones ingleses. Unas columnas de humo se divisaban sobre el mar. Era los destructores británicos que acudían a salvar a los supervivientes.

Yama-Hiro navegó todo aquel día sobre la superficie. Buscaba, en la soledad, el rastro de un avión japonés, la estela de un buque de su nación. Hizo llamadas. Formuló el parte de su acción en Cabo Kuantan. Le acusaron el recibo y le transmitieron la felicitación del Almirantazgo.



El ingeniero tenía la ropa desgarrada...

—Siga en observación—le dijeron—y haga rumbo a Filipinas.

Navegaba. El quería dar un parte cordial, entrañable, y repetía la llamada a los otros submarinos de la serie "Yokoo", a los de sus hermanos. Y llamaba también a su padre. En

vano la antena emitía las cifras de los "Torpedos Amarillos". En vano las llamadas al coronel Yamamoto. Cerró la noche del día 10. Cuando amaneció el siguiente día, le aprovisionó un "hidro", en pleno mar Pacífico. Nada se sabía de los otros "Torpe-

dos Amarillos" ni del avión de mando en que estuvo el coronel Yamamoto.

Yama-Hiro se sumergió. Fué navegando entre arrecifes de corales, entre la flora fantástica que se agarraba a las rocas volcánicas sumergidas.

Inútilmente preguntaba ya su radio la situación de los otros sumergibles que, como él, llevaban el nombre de "Yakoo", el precursor, y por-

taban los torpedos de "Tetranihilita". Para siempre estaban presos en un bosque de coral, y Tatsuko, la madre dolorosa, encendería por ellos unos faroles de bronce cuando llegara la Fiesta de O-Bon y se evocara a los muertos por la gloria imperial nipona.

Justo SEVILLANO.

Enero, 1942.



La Casa del Médico

En breve aparecerá esta gran revista mensual, científica y literaria, como auténtica síntesis de las publicaciones que el médico necesita.

La Casa del Médico

que interrumpió voluntariamente su publicación en Julio de 1936, reaparece transformada y mejoradísima, para convertirse en la publicación indispensable para el hogar del médico, al que todos los meses llevará:

Los problemas constantes del hogar, con sus soluciones más sencillas, elegantes y económicas, tratadas por especialistas y técnicos en todos los aspectos.— Los temas científicos más interesantes, prácticos y sugestivos, tratados por los profesores y clínicos nacionales o extranjeros de más autoridad en cada materia.

La Casa del Médico

será su Revista predilecta, porque en ella encontrará el médico y su familia todo lo necesario e indispensable para hallarse al corriente en lo más moderno de la profesión, y lo más atinado y apropiado para satisfacer los deseos de mejorar el hogar, la biblioteca, las habitaciones de estar, la granja, etc. Sin olvidar la cultura, los pasatiempos y concursos, precisamente atendidos en páginas especiales y por firmas de reconocida solvencia.

EN EL PROXIMO NUMERO

Horas y Heroismos

publicará una sugestiva novela de temas del aire, de palpitante emoción e interés, titulada,

LA CAZA DEL APARATO 1.000

original del ilustre autor JOSE LUIS TRIGO, que ha desarrollado el sugestivo tema de la guerra en los espacios, con acopio de datos interesantísimos y relieve de detalles técnicos, descritos con el más brillante y ameno estilo.

No deje usted de leer el próximo número de

Horas y Heroismos

que superará a las narraciones hasta ahora publicadas con la interesantísima novela,

LA CAZA DEL APARATO 1.000

Precio: 1,25

Imp., Langa y Cia. - Madrid